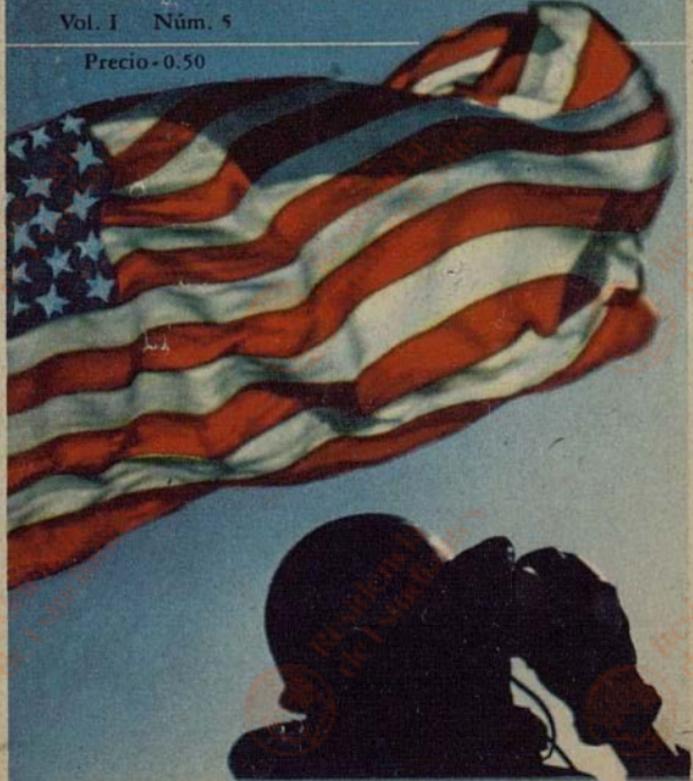
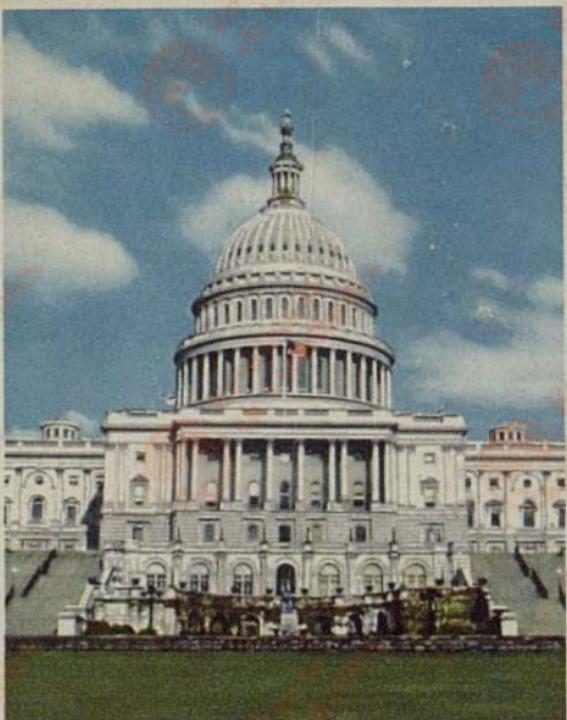


U. S. A.

Vol. I Núm. 5

Precio - 0.50





CAPITOLIO DE LOS E.U.A.

Donde se reúnen los legisladores democráticos

Un Mensaje

del

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS



Los pueblos de las zonas dominadas por el Eje pueden tener la certeza de que al acceder a la rendición incondicional, no trocarán el despotismo del Eje por la ruina con las Naciones Unidas. Lo que las Naciones Unidas desean es que los pueblos libertados puedan establecer libremente el sistema de gobierno que prefieran y obtengan la seguridad económica. Estos son dos de los fines principales de la Carta del Atlántico ...

Cuanto más dure esta guerra, tanto más fuertes se pondrán las Naciones Unidas. La fuerza de las Naciones Unidas aumenta de día en día porque todas contribuyen de lleno a la lucha común, ya sea con tropas, pertrechos o materiales. Cada cual contribuye según su capacidad y sus recursos. Todo lo que cada una tiene se consagra a asegurar la derrota de las potencias del Eje.

El poderío de las Naciones Unidas es grande; su voluntad, inquebrantable. En esta guerra común, luchamos como un solo hombre, para una sola victoria — y la conseguiremos.

De un mensaje al Congreso de los E.U. 28 de agosto de 1943

U. S. A.

Miniatura de los Estados Unidos y sus habitantes en tiempo de guerra

ÍNDICE

Un mensaje del Presidente	FRANKLIN D. ROOSEVELT	1
Las libertades de mañana	CORDELL HULL	2
Lo que significa la rehabilitación	SURVEY GRAPHIC	6
El General George C. Marshall	LIFE	9
Cuadrilla de bombardero	JOHN STEINBECK	12
Veloz como el rayo	WILLIAM P. GRAY	21
¿Qué es un norteamericano?	AMERICAN HISTORICAL REVIEW	26
Las Naciones Unidas	EDITORIAL	30
Polvos amarillos de larga vida	READER'S DIGEST	34
La esencia de la democracia	CARL L. BECKER	39
Una frontera sin bayonetas	JACK ALEXANDER	40
Consejo de vecinos en América	EDITORIAL	44
¿Sabía Ud. que...?	COLLIER'S	53
El creador del ratoncito Mickey	THIS WEEK	54
Tom Sawyer	MARK TWAIN	58
John Steuart Curry	THOMAS CRAVEN	64

Las libertades de mañana

Por CORDELL HULL

De un discurso del Secretario de Estado de los E. U.

CUANDO los ejércitos de nuestros enemigos estén derrotados, todos los países—los que necesiten auxilio y los más afortunados—tendrán que hacer frente a los problemas inmediatos que entraña la transición de la guerra a la paz. La industria tendrá que pasar de la producción de pertrechos a la de cuanto necesita la humanidad en tiempo de paz. En unos países habrá que reparar los

destrozos de la guerra. En otros habrá que restaurar la agricultura y habrá que proveer trabajo a los soldados licenciados, en las industrias de paz. Las demandas apremiantes de la guerra nos están revelando la cantidad enorme de artículos que puede producirse para la defensa nacional. Las necesidades de la paz no deben ser menos apremiantes aun cuando los medios disponibles para satisfacer-

las difieran en todos los casos.

Durante este período de transición, las Naciones Unidas deben seguir procediendo con el mismo espíritu de cooperación que rige durante la guerra—para reforzar y hacer más efectiva la actuación individual de los países participantes en el restablecimiento del orden público, en el auxilio inmediato y en la solución de los problemas complejos de readaptación.

Aparte de esto, tocará a todos los países la ingente tarea de establecer la libertad humana sobre cimientos más sólidos y más amplios que antes, tarea que necesariamente exigirá su acción individual y conjunta.

Dentro de cada nación, la libertad al amparo de la ley es requisito esencial del progreso. El espíritu de libertad, cuando arraiga en la mente y el corazón del pueblo, es el remedio más eficaz contra las animosidades raciales, la intolerancia religiosa, la ignorancia y todos los males que impiden la unión de los hombres en la fraternidad de una existencia realmente civilizada. Ese espíritu instiga al hombre a ilustrarse y a comprender a los demás. Es la única base verdadera de la estabilidad política y social.

La libertad consiste en algo más que derechos políticos, por indispensables que éstos sean. En nuestro propio país, sabemos por

amarga experiencia que para ser realmente libre, hay que gozar de libertad y seguridad económicas—de la libertad de trabajar como hombre libre en compañía de hombres libres; de obtener, por medio del trabajo, los recursos materiales y espirituales; de prosperar mediante la capacidad, la iniciativa y el espíritu de empresa; de preaverse contra la contingencias de la vida. Sabemos que en todas partes ocurre lo mismo. Sabemos que en todos los países existe—y existirá aun más en lo futuro—un anhelo de progreso en materia de justicia social.

Por eso debemos proponernos que una vez ganada la guerra, se satisfaga ese anhelo tan rápida y plenamente como sea posible.

Esos adelantos no pueden realizarse sino mediante la aceptación y el cultivo de los conceptos y del espíritu de los derechos y de la libertad humanos. Ninguna nación, ningún grupo de naciones, puede prescribir los métodos ni proveer los medios que otro país ha de emplear para lograr o mantener su propia independencia política y económica, para ser fuerte, próspera y alcanzar sus metas espirituales. Pero todas pueden ayudar y ser ayudadas.

Lo que las naciones pueden y deben hacer para ayudarse entre sí es tomar, por acción cooperativa, medidas para suprimir los obstá-

culos que se oponen al empleo cabal—por cada una de ellas para el bienestar del pueblo—de la energía y recursos que están a su alcance.

Esa acción cooperativa ya se está llevando a cabo. Treinta y tres Naciones Unidas han adoptado un programa de principios y fines gracias a los cuales el género humano podrá alcanzar un plano más alto de conducta nacional e internacional. Ese programa se expresa en la declaración llamada Carta del Atlántico, que hicieron el Presidente Roosevelt y el primer ministro Churchill.

Esa Carta promete un sistema que proporcionará a todas las naciones, grandes y pequeñas, mayor seguridad de paz duradera, mayor oportunidad de realizar sus aspiraciones de libertad, y mayores facilidades para el progreso material. Pero esa promesa implica la obligación por parte de cada país, de demostrar que es capaz de tener un gobierno estable y progresista, de

cumplir escrupulosamente sus deberes para con las demás naciones, de dirimir sus desavenencias y disputas internacionales por medios pacíficos y de contribuir plenamente al mantenimiento de una paz duradera.

NINGUNA nación puede progresar cuando sus ciudadanos viven bajo el temor constante de ataques e ingerencias externas. Es claro que debe crearse una agencia internacional que mantenga la paz entre las naciones—de ser necesario, por la fuerza. Se necesitará la acción cooperativa internacional para establecer el organismo que asegure la paz.

Es igualmente cierto que, al restablecer el orden internacional, las Naciones Unidas deberán vigilar a las naciones agresoras hasta que éstas demuestren voluntad y capacidad para convivir en paz con los demás países. La duración de ese período de vigilancia dependerá de la rapidez con que los pueblos de



CORDELL HULL es Secretario de Estado de los E.U. desde el 4 de mayo de 1933. Ha sido siempre paladín de la política del Buen Vecino en las relaciones exteriores y ha defendido el derecho de todos los pueblos a determinar su propio destino. Nació el 2 de octubre de 1871, en el estado meridional de

Tennessee, en una pequeña ciudad, típica de los E.U. Despues de graduarse de abogado, fué elegido miembro del congreso de su estado, y luego fué juez durante cinco años.

Después empezó su largo período de servicio en el Congreso de la nación. De 1907 a 1933, a excepción de un intervalo de dos años, representó a los ciudadanos de Tennessee en ambas cámaras. Renunció su cargo de Senador en 1933 para ingresar de Secretario de Estado en el gobierno del Presidente Roosevelt.



las naciones enemigas ofrezcan pruebas convincentes de haber repudiado y abandonado la monstruosa filosofía de la raza superior y de la conquista por la fuerza y adopten sinceramente los principios básicos en que descansa la paz. Debemos evitar que esos agresores interrumpan de nuevo el período formativo de la organización mundial.

En lo relativo al intercambio de productos y servicios, la Carta del Atlántico declara el derecho de todas las naciones al "libre acceso, en iguales condiciones, al comercio y materias primas del mundo, que necesitan para su prosperidad económica."

PARA lograr ese fin y colocar a todas las naciones en un plano de provecho mutuo, habrá que reducir las barreras de toda clase que se oponen al libre ejercicio del comercio, y suprimir las prácticas que perjudican a los demás y sacan el comercio de su cauce económica natural. Igualmente ne-

cesario es fijar el tipo de cambio de las divisas nacionales y establecer un sistema de relaciones financieras ideado de modo que los materiales puedan producirse y transportarse a cualquier parte donde hagan falta.

Ni la victoria, ni ninguna clase de arreglo después de la guerra, creará de por sí la abundancia y la paz. Más bien se nos presentará la oportunidad de suprimir obstáculos y desperdicios; de establecer medios adicionales para la elevación de las normas nacionales e internacionales; de crear nuevas facilidades para la utilización más eficaz de los recursos naturales y del producto de los brazos y de la mente del género humano.

La sagacidad, la resolución y la habilidad con que se establezcan las condiciones de paz y con que se lleven a cabo después de la guerra darán igual medida de las aptitudes del hombre para la libertad y el progreso, que el fervor y la determinación demostrados para lograr la victoria.



Lo que significa la rehabilitación

Por FRED HOEHLER

De la revista "Survey Graphic"

Evidente a todas luces es la diferencia entre la conquista naci y la liberación de las Naciones Unidas.

LEGUÉ al África del Norte en enero de 1943, en calidad de representante de la Oficina Norteamericana de Auxilios y Rehabilitación del Extranjero. Los ejércitos de Inglaterra y de los Estados Unidos habían desembarcado en noviembre. Los cargamentos de víveres y ropa habían salido de Norteamérica en diciembre, pero los submarinos del Eje infestaban las aguas del Atlántico y me hicieron pasar ratos de ansiedad durante el vuelo hacia Argel. Cuando nuestro avión militar se posó en el puerto de Orán, me dirigí sin pérdida de tiempo a los muelles.

Lo que allí ví me tranquilizó en seguida — buques de carga norte-

americanos e ingleses atracados a los muelles o anclados en la bahía. De sus bodegas salían interminablemente los sacos de azúcar y harina, las cajas de leche enlatada — todos marcados con un disco rojo que significaba: "Para la población civil." Nuestros ejércitos habían suprimido el temor. Estos buques venían a suprimir la miseria.

En Argel, mi primera tarea fué la de averiguar las necesidades inmediatas de la población. Recorriendo a pie la ciudad, pasé de una oficina a otra, del comercio a la iglesia, del hospital a la escuela, y recogí los datos con la mayor celeridad posible. Unos días más tarde, me dirigí a otras ciudades.

Viajando ora con oficiales ingleses, ora con funcionarios franceses o norteamericanos, visité las ciudades de Casablanca, Orán, Constan-

tina, Bona, Bujía y aldeas tales como Guelma y Tizi-Ugú, y he aquí lo que pude observar:

La mortalidad entre los niños iba aumentando. La propagación de la tuberculosis entre ellos era evidente. Los médicos franceses me llevaron de aula en aula, a mostrarme a los chicuelos demacrados, mal desarrollados y con la mirada vaga ante sus pupitres. La mayoría no había tomado leche desde la ocupación de la Francia metropolitana por los alemanes. Debíamos, pues, proveer inmediatamente trigo y harina, azúcar, carne, arroz y, ante todo, leche para los niños. Además de víveres, había necesidad de jabón, medicinas y ropa.

HABIENDO estudiado la situación, regresamos a Argel y pusimos manos a la obra. Los ejércitos británico y norteamericano, así como las sociedades francesas de beneficencia estaban dispuestos a ayudar. La Cruz Roja Norteamericana había iniciado ya la distribución de leche provista por Inglaterra y los Estados Unidos. Todo ese trabajo fué puesto bajo mi dirección general y muy pronto conté con un ayudante inglés, Eyre Carter, y un norteamericano, Paul Gordon, enviado al África del Norte por la Oficina de Auxilios y Rehabilitación. En la mayoría de los casos, procedimos por intermedio de los líderes franceses y árabes. Y por líderes no debe enten-

derse personajes políticos exclusivamente, sino ya un médico, un sacerdote, un comerciante respetado, un maestro de escuela. Dondequiera que hubiera gente de buena voluntad — hombres o mujeres — hallábamos ayudantes. Mi personal oficial nunca pasó de veinte miembros, ni durante las épocas de mayor trabajo. Si se considera que Inglaterra y los Estados Unidos despacharon al norte de África más de 300.000.000 de kilos de víveres y ropa y 500.000.000 de kilos de carbón, se verá que nunca pecamos por exceso en la formación de nuestro personal.

Pero volvamos a los comienzos de nuestra tarea. Poblaciones árabes había en que los niños hambrientos recorrían casi desnudos las calles, bajo la lluvia helada de invierno. Repartimos leche entre los chicos árabes, franceses, judíos, italianos (sí) y centroeuropeos. La leche importada de Norteamérica y de Inglaterra llegó a centenares de escuelas. Cuando hicimos la cuenta, en mayo, vimos que habíamos servido leche gratuita, diariamente, a más de 200.000 niños de escuela. Tres meses después de que empezamos, los médicos nos señalaron muchos casos de aumento de peso entre los escolares. La desnutrición no se remedia en un día, pero la rapidez con que recuperan los niños es sorprendente.

Las líneas generales de nuestra labor se hicieron pronto muy cla-

ras: salubridad pública y tratamiento médico, auxilio a desvalidos y refugiados, proyectos especiales y rehabilitación. Para la primavera, nuestros proyectos especiales comprendían centros de distribución de víveres, restaurantes-comunales y centros de descanso, de información y de repartición de ropas.

A principios de febrero, tres meses antes de la caída de Túnez, el general Eisenhower formó un "destacamento tunecino" de oficiales ingleses y franceses bajo el mando del teniente coronel Harvey Gerry, de Nueva York, del que me cupo la honra de formar parte como miembro civil, encargado de establecer depósitos de víveres para los paisanos. Empezamos a reunir azúcar, arroz, huevos, té, harina, leche, jabón y ropa, que almacenamos en puntos estratégicos.

Entretanto nos sobraba trabajo, pues no pasaba día sin que alguna comunidad fuese librada de la pesadilla nazi, y esas poblaciones carecían de víveres. Las cosas andaban mal, especialmente después de la caída de Gabes. Los alemanes habían sacado a numerosos habitantes de Tripolitania, obligándolos a trabajar en la construcción de obras de defensa, y esos infelices se hallaban abandonados a su triste suerte en una región que había sido aislada por los nacis durante su retirada o antes. El 25 de marzo, Paul Gordon, miembro de nuestro personal, salió de Ar-

gel con cinco camiones de víveres para esa gente. Más tarde hallamos la manera de hacerlos regresar a sus hogares en Tripolitania.

Llegamos a Túnez el 10 de mayo, en un camión del ejército. Los aliados habían entrado el 8 y gracias a disposiciones previas, la ropa y los alimentos para los paisanos llegaron a las veinticuatro horas. Poca destrucción se notaba salvo en el distrito de los muelles. Tal había sido la puntería de nuestros bombarderos, que aunque había cierta escasez, la miseria no era profunda. Menos afortunados eran los cincuenta a ochenta mil refugiados de las líneas alemanas que se apiñaban en la ciudad y entre los cuales había muchos niños evacuados de Francia. Gracias a una cuidadosa preparación, la tarea de auxiliarlos se hizo menos formidable. Las autoridades francesas nos prestaron una gran ayuda.

ESTE artículo se limita a describir a grandes rasgos el programa de rehabilitación que aun se prosigue en África. Por lo demás, las Naciones Unidas han formulado ya sus planes de rehabilitación en las regiones aisladas de Europa y de otras partes, que afectan la vida de multitudes de individuos, quince millones de los cuales se hallan sin casa ni hogar.

Del éxito de esos planes dependerán el triunfo de las Cuatro Libertades y la duración de la paz.



El general de la democracia:

George C. Marshall

De la revista "Life"

El Jefe de Estado Mayor del Ejército de E. U. cree a pie juntillas en el gobierno democrático.

UN día de verano de 1941, estando de maniobras en los Estados Unidos, el comandante de una batería halló, bajo un árbol, el sitio ideal para colocar un cañón de campaña. Mas para utilizar la posición había que cortarle dos ramas al árbol y, según las reglas del ejército, esto no podía hacerse sin el consentimiento previo del dueño. De modo que, mientras el comandante renegaba y se escribía una nota solicitando el permiso, pasaron varias horas antes de que se pudiera emplazar el cañón.

Poco después, en una entrevista con el general George Catlett

Marshall, Jefe de Estado Mayor del Ejército de los E. U., un periodista que había asistido a las maniobras le refirió lo ocurrido y le preguntó por qué el Ejército no había cortado las ramas causando los destrozos necesarios, y luego indemnizado al dueño. ¿Cómo podía la nación prepararse para la guerra si el Ejército iba a seguir preocupándose por cosas tan poco importantes como los árboles de los labradores?

En su manera afable, el general Marshall miró al periodista. Claro, le dijo, que eso sería muy bueno para acelerar las maniobras, y es lo que hubiese hecho sin duda el ejército alemán. Pero los Estados Unidos, dijo el general, son una democracia cuyos ciudadanos gozan de ciertos derechos. Y, suceda

lo que suceda, los norteamericanos deben mantener esos derechos sin pensar jamás en abolirlos. Según el general, el mantenimiento de tan gran principio bien valía el inconveniente de una pequeña demora de las maniobras.

Los que conocen al general Marshall saben que el secreto de su fama no estriba sólo en su pericia militar, que es mucha, sino en su comprensión cabal de la democracia y de todo lo que ella representa para la nación.

GEORGE MARSHALL abrigaba un ardiente deseo de ser soldado, y su padre, vendedor de carbón y leña en Pensilvania, lo mandó al Instituto Militar de Virginia, donde se distinguió por sus brillantes estudios.

Pronto se vió que George Marshall había acertado en su carrera, pues tenía pasión por todo lo militar. En el Instituto Militar de Virginia estudió los campos de batalla de la Guerra de Secesión y reconstruyó en detalle las batallas. En 1902, empezó de segundo teniente en Filipinas. En 1907, ingresó en la escuela de estado mayor de Leavenworth donde, por su pericia militar, obtuvo notas tan fenomenales que, siendo aun teniente, lo nombraron instructor de una clase en que había capitanes y hasta algunos comandantes — cosa inusitada en aquellos días.

En 1913 volvió a las Filipinas.

Allí, durante unas maniobras, habiéndose enfermado el jefe de las fuerzas "defensoras", el teniente Marshall tuvo que ocupar su puesto. No sabía si tenía que atacar o retirarse, echarse a un lado o defender su posición — pero mandó a buscar a los jefes de los regimientos, los abrumó a preguntas, y les hizo indicar sus posiciones en el mapa. Luego, ordenó atacar en seguida, dictando su plan de batalla con todo lujo de detalles, sin alterarlo en lo más mínimo. Unos días después, el general de división J. Franklin Bell reunió a su estado mayor y declaró: "Muchos planes he visto para la defensa de Manila . . . Pero el mejor, el más completo, el más conciso y el más eficaz . . . lo dictó en campaña un teniente de infantería a quien llamaron inesperadamente a ocupar el puesto . . . No perdáis de vista a George Marshall. Es el genio militar más grande que ha surgido en Norteamérica desde los tiempos de Stonewall Jackson."

En 1917 George Marshall recibió su bautismo de fuego como capitán de una división de marroquíes en Francia, siendo condecorado con la Croix de Guerre y la Legión de Honor. El general Pershing lo nombró jefe de operaciones del Primer Ejército, en cuyo cargo se distinguió en una de las maniobras más brillantes de la guerra —el traslado, de St. Mihiel a la Argona, de 500.000 soldados y

2.700 cañones, tan hábil y sigilosamente, que el enemigo no se dió cuenta de ello y fué cogido por sorpresa.

Aquella proeza del general Marshall no fué mera casualidad, pues ha demostrado su genio verdadero en la solución de los arduos problemas de abasto y transporte que entraña la guerra moderna. Mas la confianza que infunde emana también de ciertos factores humanos difíciles de analizar. Hombre de gran dignidad, es a la vez de una modestia y una afabilidad sorprendentes. Hay una frase que es de cajón en todos los mensajes que se mandan a los comandantes de guar-

nición al anunciarles la visita de Marshall: "Sírvase observar que el general no desea ordenanzas ni ayudantes de ninguna clase."

Pero su fuerza estriba principalmente en lo bien que conoce a sus compatriotas. Durante los cinco últimos años, los Estados Unidos han tenido que transformarse rápidamente de nación pacifista en una de las potencias militares más grandes de todos los tiempos. El peso de esa enorme tarea ha recaído, mucho más de lo que se cree, sobre los hombros del Jefe de Estado Mayor. El pueblo tiene fe plena en él porque sabe que Marshall jamás lo olvida.

Cómo se eligen los oficiales

FACTOR de importancia vital en la formación del Ejército es el hecho de que se hace hincapié en que se mantengan altas dotes de mando en todos los grados. La elección de candidatos para las escuelas de oficiales se basa en la teoría democrática de que esos planteles están abiertos a todos los que posean dotes sobresalientes de mando, así como la inteligencia innata para ejecutar las funciones de oficial, y que estén moral y físicamente capacitados para entrenar a los soldados y dirigirlos en combate.

El éxito o fracaso de las campañas militares, así como innumerables vidas humanas, dependen de las decisiones tomadas por los jefes militares. Por lo tanto, nuestros generales se eligen entre los hombres que reúnen las dotes más elevadas de pericia militar, que han dado pruebas de comprender los métodos de la guerra moderna, y que tienen la resistencia física, el valor moral, la fuerza de carácter y la elasticidad mental necesarios para sobrelevar las cargas que imponen las condiciones actuales en los campos de batalla.

DEL INFORME BIENAL DEL GENERAL GEORGE C. MARSHALL,
Jefe de Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos

Cuadrilla de bombardero

NARRACIÓN GRÁFICA

Basada en material sacado del libro "Bombs Away," de John Steinbeck, publicado por la Viking Press.

BASE y sustento del poderío aéreo es el bombardero pesado. Los aviones de caza, torpedo y observación, desempeñan servicios muy importantes, pero el que realmente asesta los golpes es el bombardero pesado.

Norteamérica construye dos clases de bombarderos de gran alcance: el B-17, llamado Fortaleza Volante, y el B-24, o sea el Liberator. Ambos son cuatrimotores y llevan gran cantidad de bombas. Su fin no es defender, sino atacar al enemigo en su propia zona.

El bombardero requiere un personal muy especializado: artilleros que lo protejan en acción, bombarderos que lancen los explosivos con puntería certera, y navegadores que lo guíen con precisión al punto requerido. Los miembros de su cuadrilla actúan con la coordinación y armonía de un equipo de fútbol, siendo jefes a la vez que subalternos. El piloto y el copiloto

dirigen la nave, pero bajo las indicaciones del navegador. Al llegar al blanco, el bombardero asume el mando. Durante el vuelo, el maquinista atiende los motores, el radiotelegrafista mantiene el avión en contacto con su escuadrilla y su base, y los artilleros defienden el aparato. No se trata, pues, de un jefe y sus subordinados, sino de una colectividad verdaderamente democrática.

En ningún organismo del mundo son tan estrechos como en el bombardero los lazos que unen a sus diferentes miembros; éstos se conocen aun más íntimamente entre sí, pues juntos arrotran el fuego enemigo, juegan, duermen, comen y corren la misma suerte.

Estrechamente unida y justamente orgullosa, la cuadrilla de la Fortaleza Volante estima que no hay avión que se compare con el suyo. La del Liberator opina lo mismo de su propio aparato.

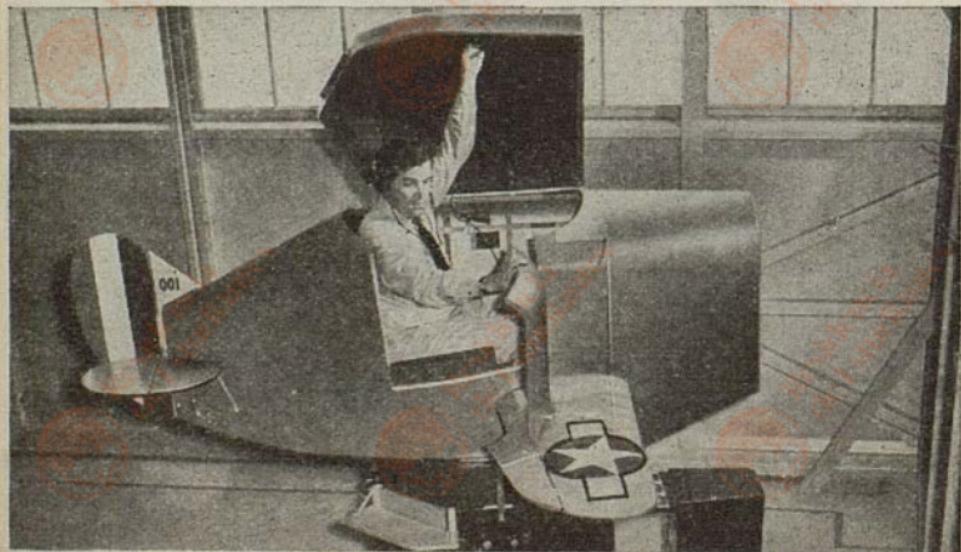
A continuación se muestra gráficamente su cohesión y el papel que desempeña cada miembro durante una misión de bombardeo.



Esta es la historia de una cuadrilla de bombardero norteamericano. Sus miembros, valerosos, competentes, seguros de sí, actúan con precisión y coordinación cronométricas.



Después de someterse a numerosas pruebas mentales y manuales, el cadete aviador se entrena en la tarea que más cuadra con sus aptitudes personales.



Algunos prefieren hacerse pilotos: Pilotar es a la vez arte y ciencia, pues hay que saber coordinar los movimientos de las manos y de los pies.



Unos son bombarderos; otros, navegadores o artilleros aéreos como éste. El artillero aprende a acertar en un blanco en movimiento.



El ejercicio y los deportes al aire libre completan el entrenamiento técnico y aéreo, enseñándoles a obrar con perfecta armonía en combate.



Luego estudian la táctica aérea. El vuelo en formación semeja la táctica de ciertos deportes. Nótese el espacio uniforme entre aviones.



La amistad y el compañerismo reinan entre cadetes. En el cuartel, descansan y comentan el trabajo del día, bromean y hablan de sus familias.



Cuando todos han terminado su curso especial respectivo, se forma con ellos la cuadrilla de un bombardero, del que se sienten muy orgullosos.



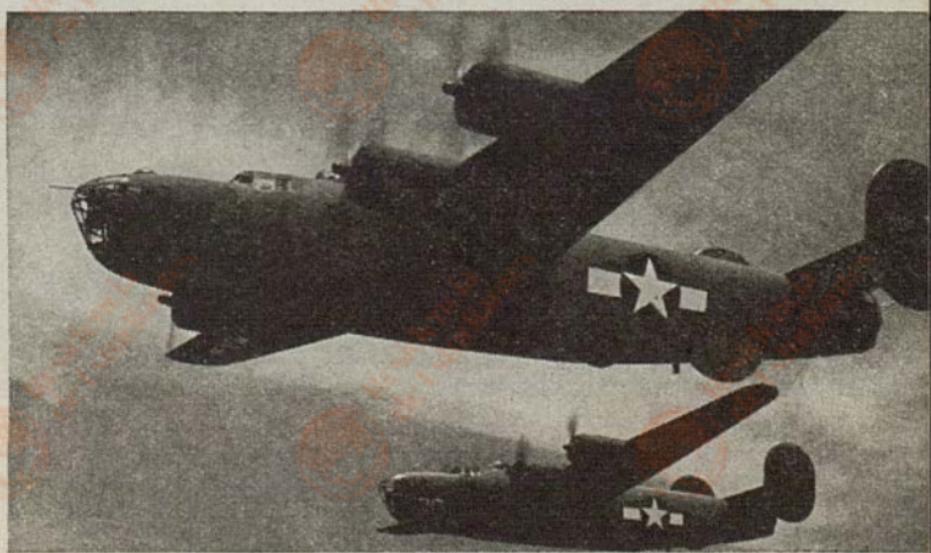
Esta es la cuadrilla: Joe, el piloto, algo lento de palabra, pero hombre de rápidas decisiones. Bill, el bombardero, experto y certero. Allan,



el navegador, preciso como sus instrumentos. Mac y Pedro, artilleros, de baja estatura, valientes y nervudos como su tarea lo requiere.



Perfectamente entrenada en la teoría y la práctica del arte de la destrucción, la cuadrilla de bombardero emprende su primera misión de guerra.



Cuando el navegador anuncia "Vamos llegando", el bombardero maniobra de modo que el blanco coincide con la retícula de su mira.



"¡Allá van!" anuncia luego el bombardero y, abajo, las explosiones y las llamas dan fe de su acertada puntería. Fotografía auténtica del bombardeo de los yacimientos petrolíferos de Ploesti en Rumania.



Veloz como el rayo

Por WILLIAM P. GRAY

de la revista "Life"

El caza P-38, más veloz que el sonido, combate en todos los frentes de batalla.

UNA mañana, en el desolado cielo de Islandia, ocho meses después que el Eje declaró la guerra a los E. U., un Lightning (Rayo) P-38, pilotado por el teniente E. E. Shahan, se echó sobre un Focke-Wulf Kurier cuatrimotor y abrió fuego casi a quemarropa con cuatro ametralladoras y un cañón. Los proyectiles hicieron blanco en el portabombas y el gigantesco avión hizo explosión con violencia tal, que Shahan sintió el calor de las llamas.

La importancia del P-38 en este pequeño incidente de la guerra no puede ponderarse demasiado, ya

que hallará cabida en la historia cronológica de este conflicto, pues el gigantesco Focke-Wulf fué el primer avión alemán derribado por las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en la zona europea.

El P-38, o Lightning, es el único caza bimotor de una sola plaza que emplean ahora los aliados. Aunque es el más pesado de los cazas norteamericanos, es también uno de los más veloces. Pesa unas siete toneladas (tanto como tres automóviles grandes), y sólo lleva al piloto. Sus dos motores valen \$16.000 cada uno, y su aparato de radio cuesta \$3.000. Su cañón ligero dispara nueve proyectiles explosivos por segundo y sus cuatro ametralladoras de calibre 0.50 unas 72 balas. Su velocidad pasa de 640

kilómetros por hora, su radio de acción es de más de 3.200 kilómetros, y asciende a razón de 1.220 metros por minuto. Es tan fusiforme que 60 por ciento de la resistencia al aire está en el tren de aterrizaje, que se repliega después del despegue. El P-38 cruza el espacio lanzando silbidos y aterriza con ruido estridente. A pesar de su velocidad aterriza a 130 kilómetros por hora.

Lo más fácil, para subir al P-38, es valerse de una escalera de dos metros apoyada en el frente de una ala, y pasar por ésta a la cámara. Debajo de las alas lleva bombas o depósitos adicionales de gasolina. Ahora sirve de caza, de bombardero, de escolta de bombardero, para ametrallar tanques y tropas y para sacar fotografías.

Aunque creado hace ya siete años, el P-38 no salió al escenario sino el 31 de diciembre de 1938, en Burbank (California). En la oscuridad de la noche una procesión salió de Burbank en dirección a los naranjales que quedan al este de Los Ángeles, en la que iban tres camiones cargados de bultos grandes cubiertos de lona.

Durante las semanas siguientes, en March Field (California), los soldados propalaron el rumor de que unos mecánicos de Lockheed estaban armando el "XP-38" en un hangar cerrado. Según ellos, se trataba de un avión grande, con dos colas y dos motores, y sería el

mejor caza norteamericano. Lockheed había pasado dos años en su construcción. Por fin, un día de enero, se abrieron las puertas del hangar y el reluciente caza de dos colas, con tres ruedas de aterrizaje en triciclo, salió a la pista. Para caza era grande, y parecía venido del mundo de la fantasía.

El teniente Ben S. Kelsey, ingeniero de aspecto docto y soberbio piloto desde los 14 años, procedió a hacer las pruebas en tierra.

El primer vuelo no demostró sino que el XP-38 tenía una velocidad vertiginosa de crucero. En un vuelo de prueba a través de la nación, Kelsey mandó su informe:

"XP-38, piloto Kelsey, de Dayton a Mitchell Field, altitud 6.700 m., velocidad de crucero 675 km."

Eso ocurrió el 11 de febrero de 1939. El radiotelegrafista de Pittsburgh, que había hablado con muchos aviones pero jamás oyera cosa semejante, dió un brinco.

"¡Qué!" gritó por el micrófono.

"Velocidad de crucero 675", repitió la voz del espacio.

Mas antes de que se entablara la discusión, se había desvanecido la voz. A la velocidad de 675 km. por hora, el misterioso P-38, se había salido ya del alcance de la radio de Pittsburgh.

Cuarenta y dos minutos después, el misterioso caza se estrellaba en un riachuelo, a 200 metros de Mitchell Field en Nueva York. Tal fué el fin desastroso de un

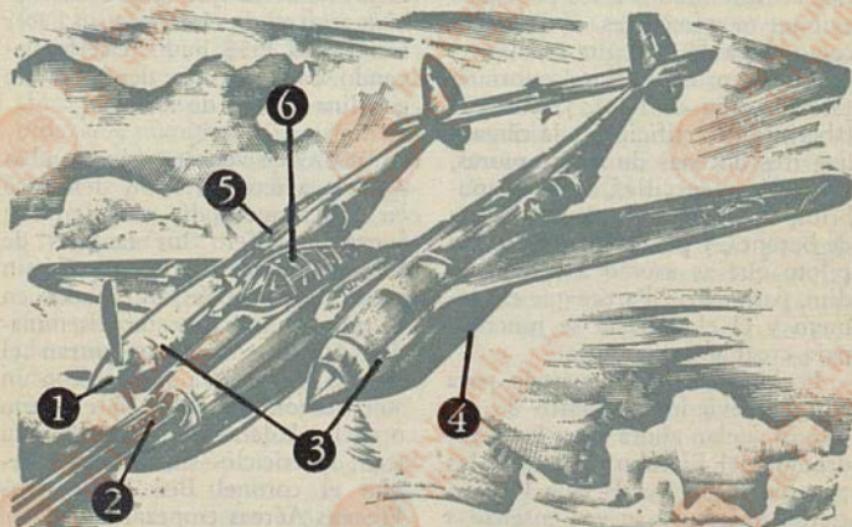
vuelo transcontinental que por poco terminó en triunfo completo. Las causas de ese accidente se eliminaron en los modelos siguientes.

Kelsey había cruzado el continente—cerca de 5.000 kilómetros—en siete horas, estableciendo un récord extraoficial. Para Lockheed el desastre era una verdadera tragedia. Después de dos años de costoso trabajo en su creación, el avión sólo había volado cinco horas antes del vuelo transcontinental. Nadie sabía con certeza científica cuáles eran las cualidades del

XP-38, fuera de su gran velocidad.

Mientras los ingenieros de Lockheed se lamentaban en Burbank, estalló la guerra en Europa a fines de 1939. Los ingleses y franceses, en su afán de conseguir aviones, colocaron un pedido de 667 cazas P-38, con el consentimiento del Ejército de E.U. Mas, era antes preciso adaptar el P-38 a los requisitos de aquellas naciones.

El puñado de amigos fieles que el P-38 tenía entre los oficiales seguía trabajando en su favor. El Ejército hizo algunos pedidos. Pe-



El caza P-38

1, Tapa fusiforme; 2, ametralladoras (cuatro); 3, motores gemelos; 4, tren de aterrizaje retraído; 5, turbocompresor; 6, cámara para el piloto solo.

ro cuando los japoneses atacaron a Pearl Harbor, el caza más veloz del mundo servía todavía de avión de entrenamiento. Pasaron los primeros meses de guerra y el P-38 no figuraba en ninguna parte. En la costa del Pacífico lo empleaban para la patrulla antisubmarina. Con sus colas gemelas y su gran velocidad al cruzar sobre los tejados de California, no había quien no lo reconociera al oír su silbido. Pero, por qué, se preguntaba la gente ¿no entraba en combate?

Ello se debía en parte al entrenamiento. Para los pilotos de caza, acostumbrados a los pequeños aviones monomotores, el P-38 era como carga de dinamita en alas.

Su tablero negro lleva veintiuna esferas como de reloj, y, entre el laberinto de artificios de la cámara hay tres docenas de interruptores, veintidós manecillas, cinco manubrios, dos émbolos, media docena de botones, y perillas de radio. Un piloto que se asomó a la cámara dijo, pasmado: "Parece que el plomero y el electricista se juntaron para crear una pesadilla."

Lockheed ideó un método para entrenar aviadores. Cuatro de sus pilotos vuelan ahora entre los aeródromos del Ejército y enseñan las peculiaridades del P-38 a los oficiales, quienes a su vez enseñan a los pilotos.

El avión empezó a figurar en los partes cuando una escuadrilla de P-38 derribó a varios japoneses

en Kiska durante el otoño de 1942. Luego, del sudoeste del Pacífico y del norte de África, llegaron más noticias de este caza. Su gran oportunidad se la facilitó el jefe de aviación de los aliados en Túnez, el teniente general Carl Spaatz, después de varias irrupciones ineficaces sobre Francia.

Dos grandes grupos de caza P-38 habían recorrido 12.900 kilómetros, de la fábrica Lockheed en Burbank, cruzando los Estados Unidos, hasta Inglaterra y África, a fines de junio, en julio y a principios de agosto de 1942. Era esa la primera vez que unos caza habían atravesado el océano sin hacer escalas. El P-38 pudo hacerlo llevando dos enormes depósitos de gasolina debajo de las alas.

ADÉMAS de vencer en los combates aéreos, el P-38 demostró en África que podía acribillar con fuego mortífero los tanques de Rommel, ametrallar con saña sin igual (sus cañones, agrupados en la proa en vez de estar diseminados por las alas, concentran el fuego), regresar a su base con un solo motor, aterrizar en el cieno o en las laderas de Túnez, con su tren de triciclo—sin volcarse. Según el coronel Ben Kelsey, las Fuerzas Aéreas empezaron a darse cuenta que "este cómodo pajarraco vuela como el rayo, combate como una avispa, y aterriza como una mariposa."

Después de probar el P-38 durante años, el coronel Kelsey dice, "como avión de guerra es como una muchachota a quien hay que castigar de vez en cuando. Es un aparato en que se puede tener confianza absoluta, pues jamás defrauda ni hace lo inesperado." La opinión de los pilotos del P-38 quedó claramente demostrada en el Cuartel de la 4^a Fuerza Aérea en San Francisco. Se entregó un cuestionario a cuatro aviadores que habían vuelto del África después de meses de servicio con la fuerza aérea del general Jimmy Doolittle —el comandante Darrell Welch, y los capitanes George L. Ross, Meldrum Sears y Robert Sauer, cada uno con sesenta y dos a setenta y cinco combates a su haber. Se les pidió que nombrasen los tres aviones que gustaban de pilotear, en orden de preferencia. Todos eligieron al P-38 en primero, segundo y tercer puestos.

Hace poco, el Ejército señaló la velocidad del P-38, al anunciar una picada vertical hecha en Inglaterra por el teniente coronel Cass S. Hough, director técnico de Cazas de la Octava Fuerza Aérea. Hough ascendió a 13.100 metros y, desde allí, se lanzó en picada cerca de 7.600 metros, sin parar el motor, hasta llegar a 5.500 metros. El Ejército no divulga la velocidad máxima del P-38, pero sí revela que es superior a la del sonido (unos 1.250 km. por hora.)

Los aviadores, gente que tiene el instinto de conservación muy desarrollado, gustan del P-38 porque los saca de los más graves apuros y los devuelve a su base. Tiene buen blindaje, así como un motor adicional por si se descompone el otro, y depósitos adicionales de gasolina que le permiten volar durante muchas horas. Un piloto de P-38 regresó ilesa a su base cinco veces desde Kiska, con uno de los motores acribillado.

UN P-38 piloteado por el capitán Jack Ilfrey, se estremeció bajo una lluvia de balas nacis mientras bombardeaba fortines entre Gabes y Sfax, y sólo al volver a su base, descubrió todas las averías. El avión tenía 168 agujeros, había perdido un motor; la hélice del otro estaba torcida y en la coraza, detrás de Ilfrey, ocho cañonazos habían hecho blanco.

El sentimiento creado por tales proezas ha sido acertadamente expresado por el teniente general George C. Kenney, jefe de aviación militar en el sudoeste del Pacífico, en carta dirigida al general Arnold el invierno pasado. La primera escuadrilla de 12 aviones P-38 que atacó a los japoneses en aquella zona había derribado quince Zeros, sin perder un solo aparato. Al referirse a esa victoria, el general Kenney comentaba: "La moral de la escuadrilla es tan alta, que casi causa alarma."



¿Que es un norteamericano?

Por ARTHUR M. SCHLESINGER

De la revista trimestral "The American Historical Review"

Una mezcla de rasgos antiguos y persistentes y de características recién adquiridas.

QUE es un norteamericano? Esta pregunta — planteada hace muchos años por un francés residente en los Estados Unidos — nunca ha dejado de despertar interés. ¿Por qué ha llegado el norteamericano a ser lo que hoy es? ¿Cuáles son sus reacciones a la vida? ¿En qué difiere el norteamericano del aborigen de otros países?

Muchos europeos han intentado describir el carácter norteamericano, y el ente complejo que de ello resulta merece consideración. Los hechos que más se notan entre ellos son la creencia en el trabajo obligatorio para todos; el afán de actividad; grandes comodidades

para el común de las gentes; fe en el progreso; búsqueda eterna del lucro material; ausencia de distinciones insuperables de clases; falta de aprecio del pensamiento abstracto y de los valores estéticos de la vida; jactancia; deferencia hacia las mujeres; la plaga de los niños malcriados; la vida inquieta y precipitada, tal como lo ilustra la costumbre de comer a prisa; y otros detalles tales como la calefacción excesiva de las casas y la pasión por las mecedoras y el agua helada.

Ese inventario revela cualidades y actitudes típicamente norteamericanas, pero no es suficientemente comprensivo. No sólo es incompleto, sino que no distingue entre lo importante y lo trivial. Más aún, poca atención presta al motivo por el cual esa combinación de

rasgos y actitudes es característica del pueblo norteamericano.

Y, sin embargo, la respuesta es muy simple. El norteamericano es producto de la interacción del Viejo y del Nuevo Mundo.

Del Viejo Mundo heredó mera-mente la parte de la cultura eu-ropea en que participaba la gente que colonizó a los Estados Unidos. Esa gente y sus antepasados eran artesanos, pequeños comerciantes, agricultores, jornaleros—firmes ci-mientos en que descansaba el es-trato superior de la cultura euro-pea. Privados de participar en una vida de riqueza, ocio y placeres estéticos, se inclinaban a con-siderar los usos de las clases su-pe-riores con recelo, si no con resen-timiento, y, por la misma razón, magnificaban las virtudes de so-briedad, diligencia y ahorro.

Esa era, pues, la clase de hom-bres sobre la cual el Nuevo Mundo ejerció su influencia. Otros factores afectaron también al europeo tra-splantado. El solo hecho de aban-donar la vida conocida, tro-cándola por otra extraña y peli-grosa, requería cualidades poco co-munes de temeridad, confianza en sí mismo e imaginación.

Las condiciones así ofrecidas por un continente inexplorado fue-ron el molde en que se formó el carácter norteamericano. La agri-cultura fué la ocupación primaria. Adoptada al principio para librarse del hambre, pronto se convirtió

en medio principal de subsisten-cia. Ese apego a la gleba dejó una huella indeleble en el norteameri-cano en evolución, con los siguien-tes resultados.

Primero: el hábito del trabajo. Para el agricultor colonial, la ac-tividad incesante era el precio de la sobrevivencia. Quizá ningún otro legado ha penetrado tan profunda-mente en la psicología nacional. Cuando un norteamericano no tie-ne trabajo útil que hacer, la fuerza del hábito lo impulsa, no obstante, hacia alguna forma de actividad visible. Como decía un viajero: "Norteamérica es el único país del mundo donde uno se siente realmente avergonzado de no hacer nada."

A ESE culto del trabajo se debe a que los primeros colonos no supieran divertirse y fueran indi-ferentes a las consideraciones es-téticas. Para el agricultor, un árbol no era un elemento de belleza natural, sino un obstáculo que debía arrancarse para sembrar maíz u hortalizas. El culto de la belleza natural no contribuía en ninguna forma a aliviar o facilitar la dura tarea de vivir, no era "práctico". Ese sesgo de la mentalidad nacio-nal duró hasta bien entrada la era urbana del país.

Por otra parte, la índole com-plicada de las tareas agrícolas, es-pacialmente durante los primeros dos siglos y medio, dió libre juego

a la ingeniosidad mecánica. Esos europeos y sus descendientes se convirtieron en una raza de mecánicos de afición, siempre ocupados en improvisar, mejorar y reparar herramientas y otras cosas, hasta adquirir el poder y el hábito de la inventiva.

El buen éxito del agricultor colonial norteamericano en sus múltiples tareas infundió en él un orgullo por su obra, que le llevó a desdeñar al especialista y al experto. Se conformaba con hacer muchas cosas medianamente bien, antes que una sola excepcionalmente bien, en marcado contraste con la costumbre europea de permanecer fiel a un mismo oficio que a veces se trasmisía de padres a hijos. La multiplicidad del talento llegó de ese modo a ser su atributo principal.

Las distancias que habrían desanimado al más valeroso de los europeos no arredraban al norteamericano. Muchas familias que vivían en la costa del Atlántico emigraron de un lugar a otro, a tal punto que la segunda o la tercera generación alcanzó el Pacífico, a 5.000 km. de allí, y la generación siguiente regresó hacia el Atlántico.

La movilidad geográfica se asociaba a otro aspecto aún más fundamental: la movilidad social. En lugar de una sociedad estratificada en la que cada clase cum-

plía eternamente sus funciones propias, aprendieron que cada cual podía llegar a ser persona de viso, que todos tenían derecho a la libertad y a iguales oportunidades. El gobierno era sólo el árbitro que dirigía el juego, con el mínimo de reglas. El resultado fué una democracia rigurosamente individualista.

Error sería ver en el norteamericano un mecanismo que funciona automáticamente al echársele una moneda. Los comentaristas extranjeros se han visto en dificultades para conciliar la adoración del dólar con la tendencia igualmente general a derrochar y regalar el dinero. La verdad es que para un pueblo que recuerda cuán pobres eran sus antepasados, la oportunidad de ganar dinero es como la claridad del sol para quien sale de un túnel, el medio de vivir con dignidad humana, un símbolo de idealismo más bien que de materialismo. De allí que simpatice instintivamente con el más débil y que aun personas de modesta fortuna la hayan compartido de buen grado con los menos afortunados, ayudando a dotar instituciones de caridad, escuelas, hospitales y museos.

La energía que mueve muchos de esos actos se refuerza con otra actitud nacional: el optimismo. Fué esta cualidad la que dió valor a los hombres y mujeres de Europa que con tristeza abandonaron los

hogares de sus antepasados para probar fortuna en un extraño y lejano continente.

El optimismo alcanza su más ruidosa expresión en la jactancia. En última instancia, este hábito surge del orgullo que infunde un país de vastas distancias y grandes elevaciones, y de una fe ilimitada en sus posibilidades de ser tan grande como vasto.

Esta tendencia a la exageración ha dado un sabor distintivo al humorismo norteamericano. En los Estados Unidos, el "humour" nunca ha nacido de la alegría general del espíritu. Tuvo que abrirse paso en una vida caracterizada por la seriedad de propósitos. En consecuencia, tiene que ser ruidoso y descarado, y se deleita en la exageración, la incongruencia, el ridículo y el chiste burdo.

La era de la barbarie y del industrialismo de los últimos años en los Estados Unidos es reciente si se compara con la larga influencia del ruralismo en la mentalidad norteamericana. Pero ya se notan varios cambios en las viejas actitudes.

Uno de ellos es la importancia atribuida a lo cultural. El antiguo prejuicio contra las obras "inútiles" no pudo resistir a las tentadoras oportunidades ofrecidas por la ciudad, donde se encuentran las mejores escuelas, los mejores periódicos, las mejores iglesias y casi todas las librerías, bibliotecas, ca-

sas editoras, salas de concierto, museos y teatros. Allí también es donde establecen estrecho contacto con el pensamiento de Europa, y donde, a medida que la influencia urbana llegaba a su apogeo, comenzaron a hacer contribuciones a la erudición, a la ciencia y a la literatura.

Asi se desvaneció en parte la vieja antipatía por la especialización. En un mundo que se hacía cada día más complejo, los norteamericanos aprendieron a apreciar el dominio completo de una especialidad o la conquista de una rama particular de la ciencia o del arte.

Otro resultado del cambio de esta sociedad ha sido la renuncia al individualismo como panacea de los males humanos. En años recientes el hombre medio ha llegado a creer que, en las condiciones actuales, es deber del gobierno de todos el ofrecer iguales oportunidades para todos.

El carácter americano actual es, pues, una mezcla de antiguos rasgos y características recién adquiridas. Basado en las cualidades de los europeos que vinieron a hacer vida nueva en este continente, tomó distinta forma al adaptarse a un medio radicalmente diferente. Puede que ninguno de esos rasgos le sea peculiar, pero, en total, forman una índole distinta de la de cualquier otra nación.



Compañeros de armas:

LAS NACIONES UNIDAS

Los gobiernos de las treinta y tres Naciones Unidas se han comprometido a emplear todos sus recursos, militares y económicos, en la lucha común que han emprendido "contra las salvajes y brutales fuerzas que intentan subyugar el mundo."

Las Naciones Unidas comprenden como tres cuartas partes de la población del mundo y dos tercios de la superficie terrestre. Disponen de casi todos los materiales necesarios para emprender con buen éxito la guerra. Lo que una nación no tiene, otra lo provee. Su población de mil quinientos millones de almas se ha unido en la tarea de destruir el fascismo y organizar un nuevo mundo. Trabajando al unísono, proveen las materias primas, las armas, la tropa, el

equipo, los víveres y el apoyo moral para sus fuerzas totales. En virtud de la Ley de Préstamos y Arriendos, han formado un vasto consorcio internacional que satisface sus necesidades.

Cooperando en tierra, en el aire y el mar, las Naciones Unidas marchan hacia la victoria. Doce mil polacos y 1.000 checoslovacos vuelan con la R.A.F. Los pilotos holandeses, en aviones australianos, patrullan las costas de Australia. Los aviones de carga de los E. U. cruzan las peligrosas montañas para socorrer a las fuerzas chinas.

La Real Armada Noruega protege los convoyes en el norte del Atlántico, en el Caribe, en el sur del Atlántico, el Mar Rojo y el Índico. La marina mercante de

Grecia sirve a las Naciones Unidas en el Atlántico. Los submarinos y barcos de superficie británicos, holandeses y griegos desbarataron las líneas de comunicación de Rommel en el Mediterráneo y en el Egeo, mientras británicos, americanos y franceses atacaban sus fuerzas por tierra.

Los yugoeslavos han servido con otras fuerzas de las Naciones Unidas en el Cercano y el Mediano Oriente. En el Pacífico, chinos, americanos, australianos, neocelandeses, holandeses, británicos, hindúes y otros están reconquistando

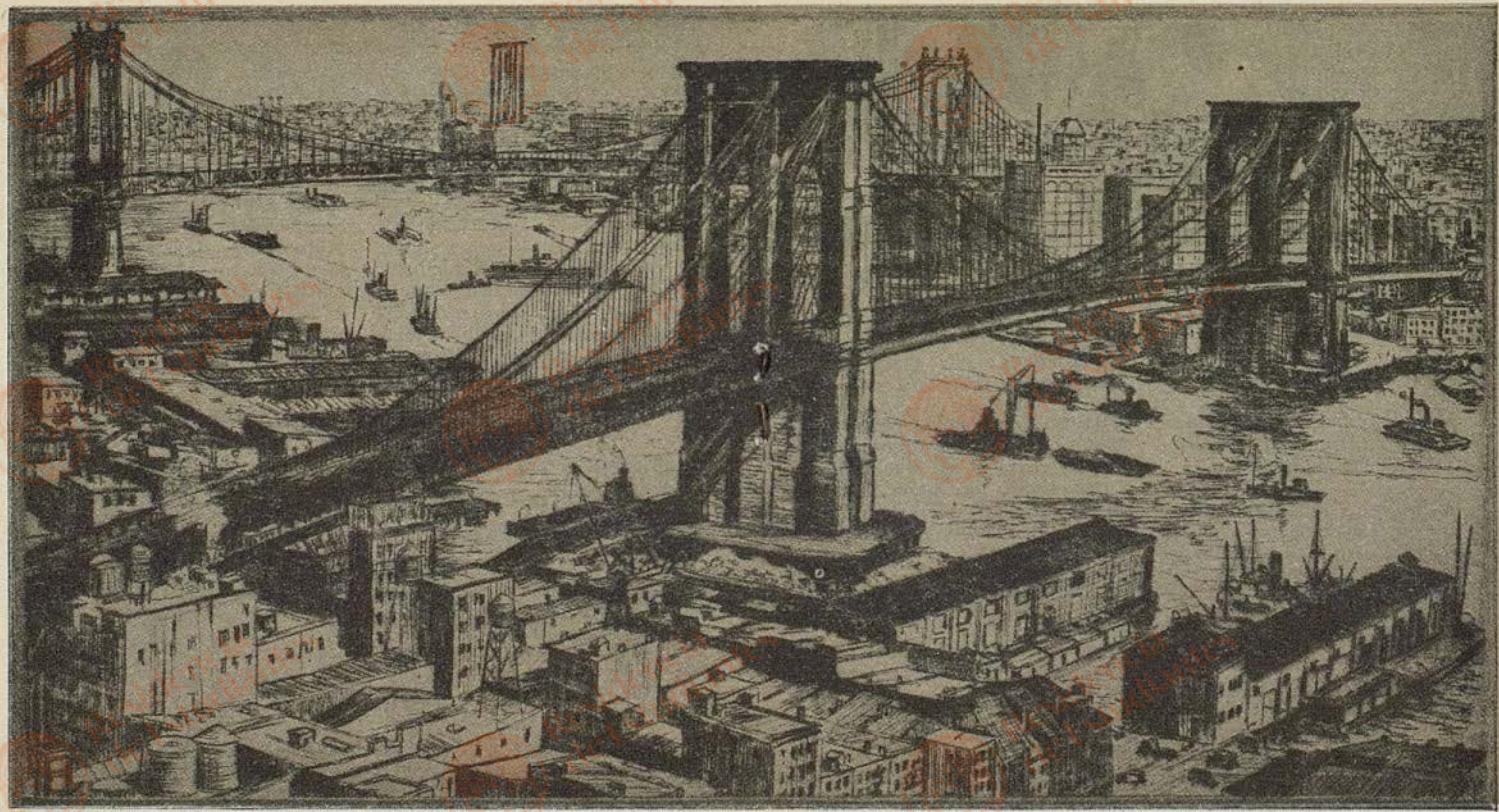
el territorio tomado por los japoneses. Muchos otros ejemplos de la cooperación de las Naciones Unidas podrían citarse.

El día de la Bandera se celebra en los E. U. cada 14 de junio. El 14 de junio de 1943, las banderas de las Naciones Unidas ondearon en las calles de todo el país. El presidente Roosevelt, en su proclama del Día de la Bandera, dijo: "Las Naciones Unidas marchan juntas, impulsadas por la bravura de los hombres libres. Juntas, son emblema de una creciente ofensiva que libertará el mundo."

Las Naciones Unidas

- | | | |
|---|--------------------------|-----------------------|
| 1. Estados Unidos | 11. Checoeslovaquia | 22. Países Bajos |
| 2. Reino Unido | 12. República Dominicana | 23. Nueva Zelanda |
| 3. Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas | 13. El Salvador | 24. Nicaragua |
| 4. China | 14. Etiopía | 25. Noruega |
| 5. Australia | 15. Grecia | 26. Panamá |
| 6. Bélgica | 16. Guatemala | 27. Filipinas |
| 7. Brasil | 17. Haití | 28. Polonia |
| 8. Canadá | 18. Honduras | 29. Unión Sudafricana |
| 9. Costa Rica | 19. India | 30. Yugoslavia |
| 10. Cuba | 20. Luxemburgo | 31. Bolivia |
| | 21. Méjico | 32. Irak |
| | | 33. Irán |

Estos datos son del 1 de octubre de 1943. Los que preceden son los países cuyos gobiernos firmaron la Declaración conjunta de las Naciones Unidas. Asociados con éstas están los Daneses Libres y el Comité Francés de Liberación Nacional. Naciones que han roto relaciones con el Eje y que colaboran con las Naciones Unidas son Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela. Otras que cooperan con ellas y fueron invitadas a la Conferencia sobre víveres reunida en los Estados Unidos en mayo de 1943, son Egipto, Islandia y Liberia.



El puente de Brooklyn (Nueva York), aguafuerte de William C. McNulty. Ningún otro puente colgante norteamericano ha inspirado a tantos artistas.

Terminado en 1833, el puente de Brooklyn, sobre el río Este entre Manhattan y Brooklyn, mide 1834 metros de longitud y aguanta 48.500 toneladas de peso.



Polvos amarillos de larga vida

Por J. D. RATCLIFF

de la revista "Reader's Digest"

La penicilina, nueva y asombrosa substancia medicinal, es arma poderosa contra la enfermedad.

Los hombres de ciencia norteamericanos están convencidos de que la penicilina, substancia recientemente descubierta, es el arma más poderosa que se conoce contra muchas enfermedades tales como la septicemia, la neumonía y la gonorrea. Es aun más eficaz que las famosas "sulfas," para combatir las infecciones estreptocócicas. Y lo más asombroso es que hace un año era mera curiosidad de laboratorio, conocida sólo de un puñado de investigadores.

La historia de la mágica droga empezó en 1929, cuando el Dr. Alexander Fleming, en el laboratorio de la Universidad de Londres,

examinaba una lámina de cultivo cubierta de millones de bacterias. De pronto vió en ella algo insólito — una mácula de moho verdoso rodeada de una aureola de líquido claro. *¡Algo estaba destruyendo las bacterias!* Un moho caído del aire las iba exterminando de repente con extraordinaria eficacia. El moho en cuestión era el *Penicillium notatum*, y el microbicida era una substancia segregada por ese moho.

El Dr. Fleming rescató el moho, pero pasaron diez años antes de que se estudiara el asunto. La quimioterapia — el tratamiento de las enfermedades con substancias químicas — era entonces objeto de escaso interés, pues esas substancias mataban a veces más pronto al enfermo que a los microbios. Más

tarde, las "sulfas" vinieron a despertar el interés en ese ramo.

Las sulfas eran asombrosamente eficaces en algunas afecciones bacterianas, pero fallaban totalmente en otras. Algo mejor hacía falta para las terribles infecciones de las heridas en guerra. El Dr. Howard Florey, de Oxford, recordó la labor de Fleming. Si ese moho era veneno para los microbios *in vitro*, ¿no podría obrar de igual modo dentro del cuerpo humano?

FLOREY y sus colegas acometieron la engorrosa tarea de cultivar el moho verde en vasijas de barro y, cuando éste había formado una especie de nata dura y como de caucho, acudieron a los químicos. En esa nata se ocultaba el microbicida.

Los químicos volvieron un día con una pizca de polvo amarillo parduzco, que quizás fuera el exterminador de bacterias.

Las primeras pruebas se hicieron en tubos de ensayo, observándose que bastaba una parte en 160.000.000 para retardar la multiplicación de las bacterias . . . lo que denotaba la presencia de una substancia asombrosa, cientos o miles de veces más potente que las sulfas.

Resultado estupendo . . . en el tubo de ensayo, pero aun se presentaba un gran obstáculo que vencer. Si el polvo mata los microbios, ¿no podría envenenar también a los humanos? Tal era el

problema cuya solución se imponía.

Se inyectaron enormes dosis de cultivo de estreptococos en cincuenta ratones. Luego se dividieron éstos en dos grupos. A los de un grupo se administró el polvo amarillo; a los del otro, nada.

A las diecisiete horas todos los ratones del segundo grupo habían muerto, mientras que los del primero seguían retozando, inconscientes del drama que en ellos se iba desarrollando. Pasaron días y semanas, y sólo una muerte ocurrió. El maravilloso polvo había ganado su primera batalla, en veinticuatro de veinticinco casos. Siguieron centenares de pruebas en ratones, con resultados igualmente halagüeños.

Florey estaba ya listo a trabajar con seres humanos. Durante el verano de 1941, eligió a los pacientes para la prueba de la penicilina —que así se llamaba la nueva droga. Estos eran, en su mayoría, víctimas de males graves que ningún otro remedio había logrado curar; individuos desahuciados por todos los médicos.

PODRIAMOS aquí citar los numerosos casos de vidas humanas heroicamente rescatadas . . . tres enfermos ya casi muertos de septicemia . . . un niño de dos meses con una infección estafilocócica de las vértebras que se había extendido a los huesos de los dedos, al cuello y a las piernas. Podría-

mos hablar del hombre con meningitis estreptocócica, agotado y muerto más que a medias. Todos eran casos desesperados y sin remedio conocido. A todos ellos, y a otros más en estado igualmente crítico, se administró el polvo mágico amarillo disuelto en agua, por inyección intravenosa. Y casi todos viven todavía.

Desde luego se hizo evidente la enorme importancia de la penicilina como arma para combatir el estafilococo. Este es el microbio piógeno que infecta las heridas. Ataca los huesos y causa la enfermedad lisiadora y fatal llamada osteomielitis; invade la sangre y produce la estafilococia que mata a nueve de cada diez de sus víctimas; infecta las heridas y las mantiene abiertas e inflamadas durante años enteros.

La penicilina hacía maravillas en su lucha contra el malvado microbio. No suprimía sensacionalmente la fiebre como lo hacen las sulfas, pero aliviaba muy pronto al enfermo. Renacía el apetito; la voz, antes reducida a un débil susurro, adquiría nueva resonancia y vigor. Y, más importante aún, la gente ya desahuciada por la ciencia volvía a la vida.

La penicilina ofrecía ya grandes ventajas. Los enfermos que no toleraban las sulfas la tomaban sin sentir ninguna reacción desagradable. No producía efecto tóxico alguno en las células del organismo

humano, y las bacterias no parecían poder resistirle.

Pero había un grave inconveniente: la penicilina era increíblemente escasa. El moho se negaba a menudo a separar la mágica substancia y, cuando consentía, la producía en cantidad infinitesimal. Un centímetro cúbico de líquido extraído de la vasija de barro daba, cuando más, dos unidades de penicilina (la unidad es la medida convencional de potencia), y en ciertos casos se necesitaban dos o hasta tres millones de unidades para salvar la vida del paciente!

Tan escasa era la penicilina, que el Dr. Florey tenía que recuperarla en la orina del paciente, pues se elimina rápidamente. Una vez, se le agotó la droga en pleno tratamiento y el enfermo, que iba mejorando, murió antes de que pudiera conseguirse más.

EN ese entonces la penicilina era una curiosidad de laboratorio. Era el arma más potente que existiera contra las bacterias, pero salvo que se pudiese producir en grande escala, nunca podría utilizarse en los hospitales. Inglaterra, acosada por todos lados, no disponía de medios para ello. Florey acudió a Norteamérica en busca de ayuda.

Sometió su propuesta al Comité de Investigación Médica de la Oficina de Estudios y Fomento de la Ciencia, al Consejo Nacional

de Investigación y al Departamento de Agricultura, pidiendo que cada cual atacara una de las fases del problema, y empezó la movilización del talento.

EN su laboratorio de Peoria (Illinois), el Departamento de Agricultura acometió una de las tareas más importantes. Buscando la manera de halagar al moho reacio, los investigadores observaron que el agua de maíz, producto accesorio de la industria del almidón, aumentaba el rendimiento del moho. Además, descubrieron otras clases de moho que daban mayor cantidad de la droga. Sus labores en ese sentido aumentaron centenares de veces el rendimiento obtenido por los ingleses y transformaron el producto de laboratorio en algo que se prestaba a la explotación comercial.

Quedaba otro problema. La penicilina era la droga ideal para combatir la infección de las heridas, pero los cirujanos militares tenían que aprender a emplearla.

Había que probar la droga en los hospitales civiles. Los médicos tenían que estudiar sus aplicaciones y averiguar en qué dosis y de qué manera debía administrarse, si por la vía bucal, intravenosa, intramuscular o simplemente local.

La tarea de determinar esos puntos cupo al Comité de Quimioterapia del Consejo Nacional de Investigación, presidido por el Dr.

Chester S. Keefer. Cada gramo de penicilina pasa por las manos de éste antes de llegar a los veintidós hospitales designados para los ensayos clínicos.

Hace más de un año que vienen efectuándose las pruebas, habiéndose tratado a centenares de enfermos. En los casos de estafilococia, la penicilina ha salvado la vida de dos de cada tres víctimas a quienes se ha administrado. Si no fuera por ella, la gran mayoría de los pacientes de ese grupo habría muerto con toda seguridad.

Los resultados fueron aun mejores para la osteomielitis. El tratamiento de esa terrible enfermedad era antes del dominio de la cirugía. A veces, sus víctimas pasan meses y aun años en el hospital, y quedan baldadas para toda la vida. Otras veces, la infección se propaga y causa pronto la muerte. Inyectada en una vena o en los músculos cada tres horas durante unos días, la penicilina mata los microbios destructores de los huesos, y el paciente sale del hospital en pocas semanas.

EN la clínica de los Mayo, en Minnesota, se empleó la penicilina para tres casos de gonorrea rebelde que habían resistido al tratamiento con las sulfas. Al cabo de diecisiete horas solamente, la reacción era ya negativa. Las sulfas curan esa enfermedad en diez días a dos semanas, en ochen-



Una frontera sin bayonetras

Por JACK ALEXANDER

De la revista "The Saturday Evening Post"

Entre el Canadá y los Estados Unidos media una frontera indefensa de 6.400 kilómetros.

Poco antes de que empezara la guerra tuve la oportunidad de visitar parte de la frontera de 6.400 kilómetros que separa al Canadá de los Estados Unidos. Regresé sin haber visto un soldado, un rifle, un avión militar, ni un cañón antiaéreo. Y no los vi porque no los había.

A trechos de unos 70 kilómetros hay puertos "secos", con inspectores de aduana y de inmigración, que examinan muy a ligera al viajero. Entre estos puntos cualquiera puede cruzar sin el menor estorbo.

Vi guardas particulares en los puentes y en las centrales eléctri-

cas, pero éstos eran vigilantes civiles empleados por los ferrocarriles y otras empresas para evitar posibles intentos de sabotaje. Los otros hombres armados que vi eran algunos miembros de la Policía Montada Canadiense y guardas de aduana e inmigración provistos de pistolas. La montada canadiense y la policía de Estados Unidos truecan información, se unen cuando es necesario para capturar forajidos, y fraternalizan como buenos compañeros. En esa frontera no hay, ni habrá nunca, "guerra de nervios".

Durante parte del viaje mi guía fué Henry Sunderland, recaudador de aduana de los Estados Unidos en Dunseith (Dakota del Norte), "puerto" de entrada canadiense en los Estados Unidos.

Pasamos en automóvil por carreteras tortuosas y cerros arbolados que de las llanuras de los Estados Unidos se extienden al Canadá. Ese sitio, dijo Mr. Sunderland, es parte de una zona de 890 hectáreas en que ambas naciones están creando el "Jardín Internacional de la Paz."

Entre los abedules, álamos y sauces se veían fogones al aire libre y cobertizos para excursionistas. Cuando llegamos a la propia frontera, no vi la menor barrera sino un simple claro de unos 50 metros de ancho por kilómetro y medio de largo, abierto en el bosque. "Esto, una vez se termine, va a ser el jardín de flores más grande del mundo", me dijo muy ufano mi compañero. "¡Si lo hubiera visto el verano pasado! Aunque sólo tenía terminada la cuarta parte ya daba gusto verlo."

Luego me llevó a un peñasco en que había una placa que decía:

*"A Dios en Su gloria
estas dos naciones dedican
este jardín,
y juran que mientras
existan seres humanos,
jamás empuñarán las armas
para combatirse una a otra."*

El Jardín de la Paz fué concebido por Henry J. Moore, horticultor de Islington (Ontario), y construido por una compañía de canadienses y americanos nombrados por el primer ministro de

Manitoba y el Gobernador de la Dakota del Norte. En Washington, D.C., y Ottawa, capitales de los dos países, se han votado fondos para la construcción de aduanas en aquella zona.

Mr. Sunderland, quien sirvió con las fuerzas de los E.U. en 1918, parecía tener por la paz una devoción rayana en lo religioso, actitud que, según observé, prevalecía en ambos lados de la frontera. Todos toman tan a pecho el juramento del Jardín de la Paz, que parecen sentirse aun más unidos a sus vecinos de Estados Unidos que a sus mismos compatriotas.

Centenares de miles de canadienses han venido a fijar residencia en los E.U., mientras que un número casi igual de ciudadanos de los E.U. han ido a vivir en las provincias canadienses de la llanura. Ese cambio no obedece a motivos políticos, sino a motivos de ocupación, como cuando un ciudadano se traslada a otra parte de su país donde cree poder emplearse más fácilmente en su oficio. Se celebran matrimonios entre jóvenes de ambas naciones y casi todos tienen parientes al otro lado de la frontera. Los de Dakota la cruzan para comprar lana y pieles; los canadienses, cuyas ciudades fronterizas son más pequeñas, vienen al cine, a comprar zapatos, géneros de algodón u otros artículos que son más baratos en este país. En Bottineau (Dakota del

Norte), los comerciantes aceptan la moneda canadiense al tipo corriente de cambio. Muchos negociantes de los E.U. depositan dinero canadiense en bancos canadienses y lo retiran por medio de letras, para simplificar sus operaciones comerciales.

Para el cazador, que puede cruzar la frontera con su rifle o escopeta, como para el viajero sin armas, entrar en el Canadá desde los Estados Unidos es cosa sencilla. Ningún centinela armado le da el alto, ni tampoco lo agobian a preguntas. Ningún agente de la secreta le sigue los pasos. El único requisito es una breve pausa en la

aduana canadiense. Si el visitante piensa regresar antes de la anochecida, se apuntan su nombre y dirección, la matrícula y la marca de su automóvil. Si desea quedarse más tiempo, se le da un permiso renovable de 60 días. Por lo regular el inspector acepta la palabra del visitante, de que no lleva contrabando. Los residentes de ambos países que viven cerca de la frontera y la cruzan a menudo son ya conocidos de los inspectores de aduanas e inmigración. Cuando uno de ellos llega a la caseta, el inspector asoma la cabeza por la ventanilla, lo saluda y le pregunta si lleva algo sujeto a impuesto.



PROVINCIAS FRONTERIZAS: a. Columbia Británica; b. Alberta; c. Saskatchewan; d. Manitoba; e. Ontario; f. Quebec; g. New Brunswick; b. Nueva Escocia. ESTADOS FRONTERIZOS: 1. Washington; 2. Idaho; 3. Montana; 4. Dakota del Norte; 5. Minnesota; 6. Wisconsin; 7. Illinois; 8. Michigan; 9. Indiana; 10. Ohio; 11. Pensilvania; 12. Nueva York; 13. Vermont; 14. New Hampshire; 15. Maine.

Este menea la cabeza sonriendo y el inspector le señala que pase.

Se calcula que, en tiempos normales, unos 300.000 ciudadanos de E.U. entran diariamente en el Canadá y 60.000 canadienses ingresan en los E.U. Todos los inviernos se celebran torneos de esquiaje y "hockey" entre la ciudad de Grand Forks (E.U.) y Winnipeg (Canadá). Cuando caen las primeras nevadas, la Cámara de Comercio de Grand Forks celebra un carnaval de deportes de invierno, teniendo como huéspedes a los clubs deportivos de Winnipeg. Estos corresponden más tarde y, en el verano, ambas ciudades compiten en el béisbol.

"Las dos ciudades gemelas de la frontera", así se llaman International Falls (Minnesota) y Fort Frances (Ontario). Ambas, de unas 5.000 almas, viven principalmente de las fábricas de papel de la Minnesota and Ontario Paper Company. Separadas sólo por el Río Rainy, su puente internacional es tan concurrido como su calle mayor.

La fiesta del Dominio es el 1 de julio, tres días antes del Día de la Independencia de Estados Unidos, que se celebra el 4. Las fábricas de papel cierran por la noche del 30 de junio hasta la mañana del 5. Esos cuatro días son de fiesta internacional. El 1 de julio un grupo de miembros de la Legión y de Veteranos de Guerras de los Estados

Unidos y otro grupo de miembros de la Legión Canadiense se reúnen en el centro del puente. Saludan recíprocamente sus banderas y marchan juntos a Fort Frances donde encabezan un desfile militar. El 4 de julio, la ceremonia se repite a la inversa. El Día del Trabajo, que cae en la misma fecha en el Canadá que en los Estados Unidos, se celebra también en conjunto, y cada ciudad es alternativamente huésped de la otra.

*E*l *Daily Times* de Fort Frances y el *Daily Journal* de International Falls no son del mismo dueño, pero se ayudan mutuamente en caso de enfermedad o de dificultades mecánicas. Y aunque tratan de conseguir subscriptores en ambas ciudades, no se consideran realmente competidores. Es más, mediante un arreglo cooperativo único en su clase, uno de ellos busca a menudo anuncios para el otro, a fin de evitarle un viaje al agente.

Todo ello empezó con un pacto — el Tratado de Gantes, tan válido y respetado hoy como cuando lo firmaron ambos países en 1814.

He aquí en parte lo que dice: "Habrá paz firme y universal entre Su Majestad Británica y los Estados Unidos, y entre sus respectivos países, territorios, ciudades, pueblos y habitantes de toda categoría, sin excepción de lugar ni persona."

Consejo de vecinos en América

NARRACIÓN GRÁFICA

ESTAS son las cuatro libertades que representan el ideal de los norteamericanos:

1. *Libertad de palabra.*
2. *Derecho a adorar a Dios a su propia manera.*
3. *Derecho a vivir libre de miseria.*
4. *Derecho a vivir libre de temor.*

Si se preguntara cuál de esas libertades ha contribuido más a la realización de las demás, muchos dirían: "La libertad de palabra." Probablemente agregarían que los Estados Unidos mismos son producto de esa libertad; que la constitución de los Estados Unidos se hizo posible solamente porque los hombres de diferentes opiniones y creencias lograron unirse, hablar libremente y conciliar sus diferencias. De ese intercambio de ideas nació el documento que dió forma a la democracia norteamericana y estableció la carta imperecedera de sus libertades.

Nadie niega que hay en los Estados Unidos quienes no aprovechan actualmente sus derechos constitucionales, ni las oportunidades que ofrecen los numerosos "foros" y demás medios de libre expresión. Ni tampoco han de negar los norteamericanos que se ha

abusado a veces de la libertad de palabra. Con todo, se apresuran a señalar que esa indiferencia y esos abusos representan la excepción.

En los Estados Unidos existen organismos especiales que dan realidad concreta a la libertad de palabra. De todos ellos, tal vez ninguno se haya convertido en parte integrante de la tradición de los Estados Unidos tanto como el Consejo de Vecinos de Nueva Inglaterra. En miles de pueblos y comunas del noreste del país, los ciudadanos se gobernan a sí mismos por medio de tales consejos, a los que asiste la familia entera — la madre y el padre a votar y los niños a escuchar y aprender.

La expresión Consejo de Vecinos ha llegado a tener un significado más general que el de gobierno comunal. Se usa para designar asambleas públicas, conferencias, y grupos de discusión general.

En las páginas que siguen, vese al pueblo de los Estados Unidos resolviendo sus propios asuntos. Vense el Consejo de Vecinos, el "foro" de la radio, los niños aprendiendo cómo funciona la democracia. Esa es la substancia y la realidad de la libertad de palabra.



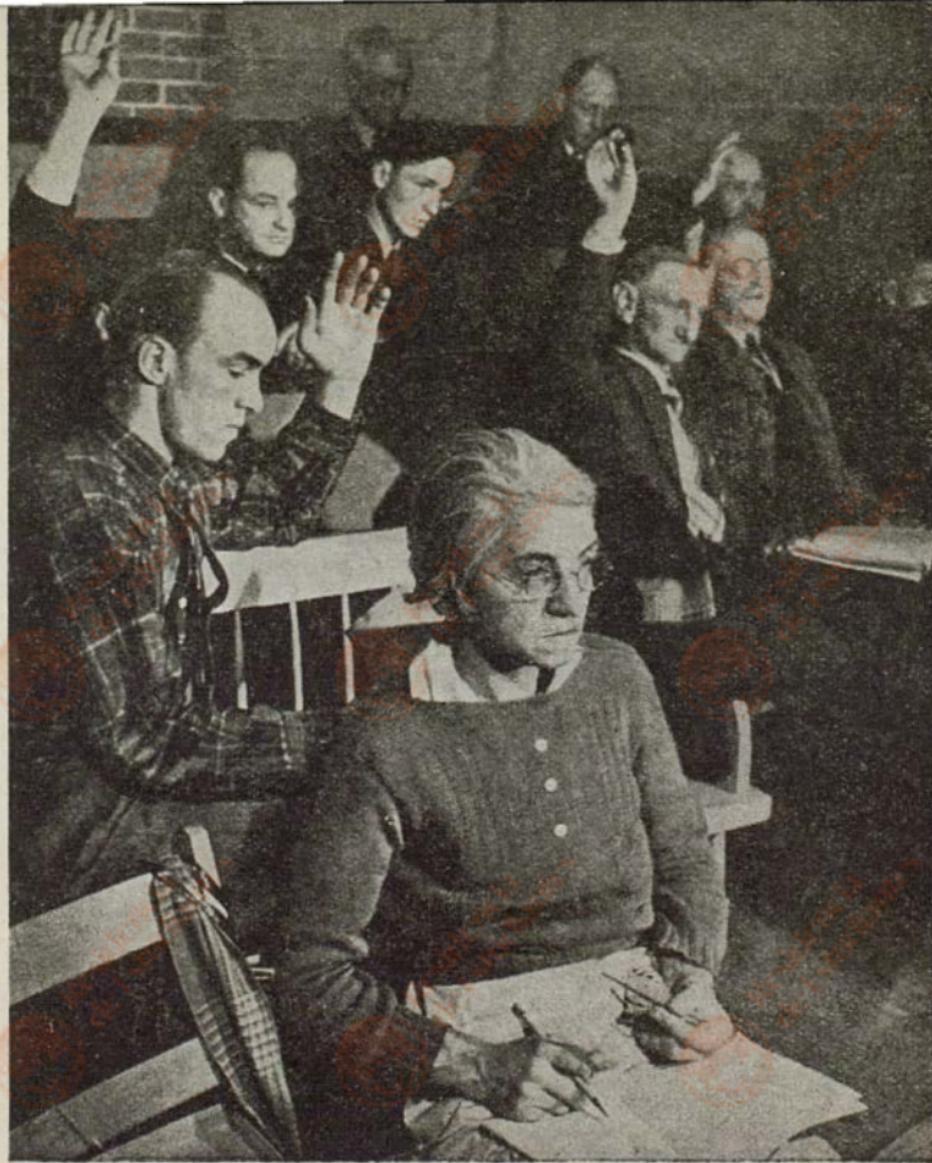
Cuando los vecinos o los amigos se juntan
pueden discutir libremente sus asuntos sin temor
de ser delatados o espiados secretamente.



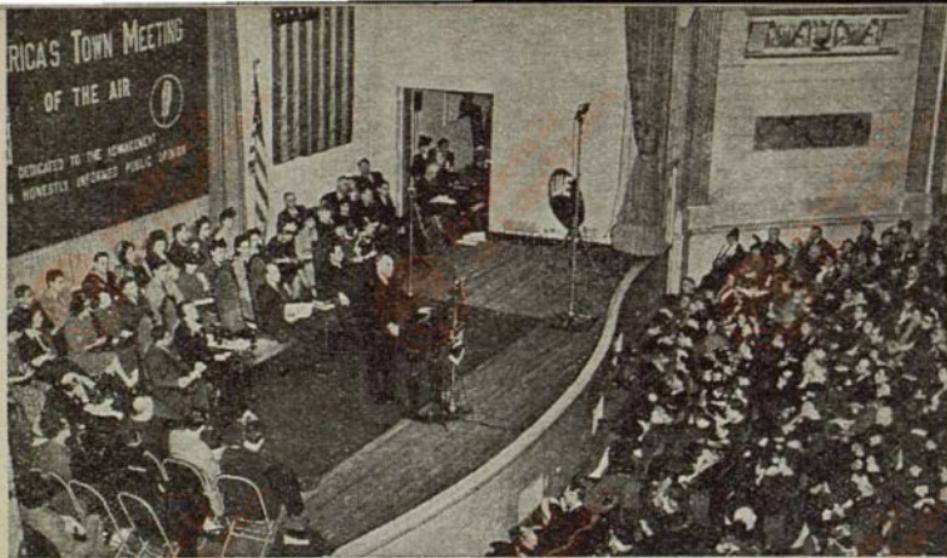
El director de debates (de pie) preside un Consejo de Vecinos en Nueva Inglaterra. Los ciudadanos discuten y aprueban leyes locales.



Los Consejos de Vecinos duran a veces todo el día. A mediodía, comen en común un almuerzo preparado por la asociación femenina local.



De vuelta al recinto, los miembros escuchan a diversos oradores, toman parte en la discusión y luego votan en los asuntos fundamentales.



Fotografía tomada durante la transmisión radiotelefónica de un Consejo de Vecinos en el que participaron eminentes personas.



Numerosas audiencias asisten al "foro" de la radio. Una parte de cada programa se dedica a comentarios o preguntas del público.



Jóvenes y ancianos acuden a los Consejos de Vecinos de la radio.
Los niños escuchan y aprenden lo que vale la libertad de palabra.



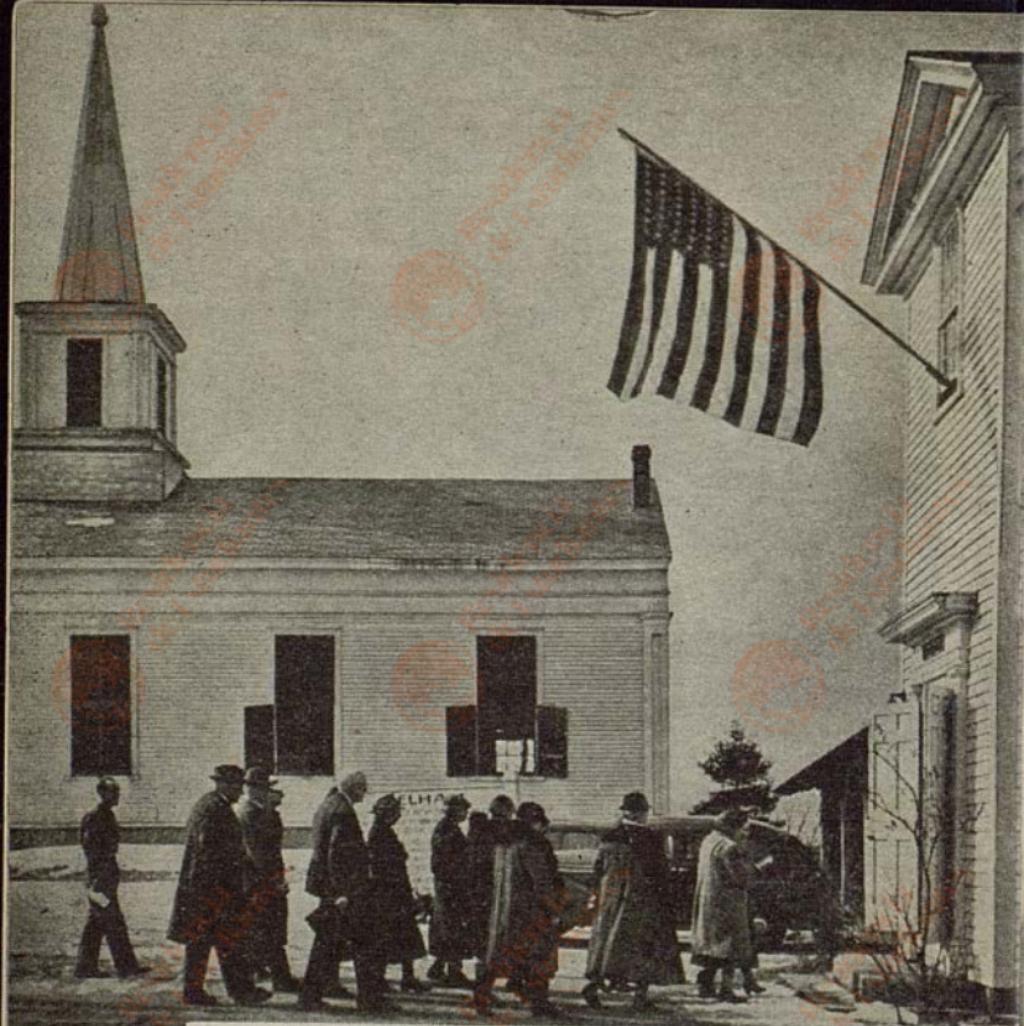
Los soldados comparten con los paisanos el derecho a interpelar a las autoridades durante los debates públicos del "foro" de la radio.



El discurso de este agricultor a sus vecinos está previsto en la constitución de los EE.UU., que garantiza libertad de palabra y petición.



En las ciudades, los oradores callejeros tratan de cualquier asunto, desde la situación internacional hasta el mérito de los candidatos.



Cuando la hora de votar llega, el ciudadano ha tenido amplia oportunidad de estudiar a fondo los asuntos que va a resolver con su voto.

¿Sabía Ud. que . . . ?



TODO SOLDADO NORTEAMERICANO, antes de entrar en combate, recibe una caja de polvo de sulfanilamida para las heridas y quemaduras, a fin de que pueda él mismo tratarlas y evitar la infección mientras espera la llegada de los camilleros.

TODO BUQUE NORTEAMERICANO debe izar el pabellón nacional antes de disparar el primer tiro. Aun los submarinos que suben rápidamente a la superficie para atacar al enemigo deben izarlo antes de que sus cañones de cubierta entren en acción.

LOS SERVICIOS DE TRANSPORTE AÉREO del ejército y de la marina de Estados Unidos, que llevan la carga militar a los frentes de las Naciones Unidas en el mundo entero, se han ensancharado al extremo de que sus aviones empiezan o terminan una travesía transatlántica cada veinte minutos por término medio.

VARIOS PERROS de las fuerzas aéreas de E. U. han sido distinguidos con las Alas de Plata, por haber saltado cinco veces en paracaídas. El más famoso es Max, del 505º Batallón de Paracaidistas en Fort Benning (Georgia). Max ha saltado ya ocho veces, provisto de un arnés especial con un paracaídas grande que se abre por medio de una cuerda atada al avión.



EN LAS SALOMÓN, hace poco, los artilleros norteamericanos de una batería de 90 milímetros derribaron varios aviones japoneses a razón de uno por cada cincuenta disparos, estableciendo un récord de puntería antiaérea.

EL AUTOBÚS MÁS GRANDE DEL MUNDO, recientemente creado y construido especialmente para el transporte de soldados entre la verja de entrada y el cuartel del vasto Campamento Carson, cerca de Colorado Springs, tiene cabida para 260 personas, o sea una capacidad equivalente a la de 52 coches automóviles comunes de cinco asientos.

De la columna "Keep up with the World" (El mundo al día), por Freling Foster, que sale semanalmente en la revista "Colliers".

lento con los recuerdos de los veranos pasados, de niño, en una finca cerca de Kansas City.

EN 1917, los Estados Unidos entraron en guerra contra Alemania, y Disney, que sólo tenía 16 años, quiso alistarse. Además de no tener la edad, se veía más joven de lo que era — hoy le ocurre lo propio — pero su madre le ayudó diciendo que era mayor y Disney fué a Francia de conductor de ambulancia. Pintó dibujos tan fantásticos en todas las ambulancias, que aquellas almas sencillas se convencieron de que todos los norteamericanos eran locos.

Después de la guerra, Disney volvió a Kansas City, donde convirtió su garaje en estudio, montó una cámara y empezó a hacer películas de dibujos animados. Éstas no eran cosa nueva, pues se remontaban a los últimos años del siglo diecinueve, cuando un francés ideó la proyección de dibujos animados en la pantalla. Entre los predecesores de Disney contábanse Winsor McKay con su "Gertie", el dinosaurio domesticado, Bud Fisher que hacía películas de sus dibujos de "Mutt y Jeff", y otros más. Pero a Walt Disney le tocó no sólo mejorar la calidad artística de esos dibujos, sino crear nuevas técnicas de dibujo, presentación y concepto, y hacer del dibujo animado un arte popular y práctico.

Mas la aventura de Disney en

Kansas City fracasó y otra vez transformó el estudio en garaje. Cuando su familia se trasladó a la costa del Pacífico, Disney optó por quedarse y se ganaba la vida de fotógrafo ambulante. Cuando ahorró suficiente para el viaje se fué a California, sin más equipaje que una maleta con sus instrumentos de dibujo, y la zamarreta y los pantalones arrugados que llevaba puestos.

En Hollywood, Walt Disney empezó una vez más a hacer dibujos animados, empleando fotografías sobre un fondo dibujado. El resultado no era muy bueno, pero la idea se iba perfeccionando en la mente de Disney. Cierta vez, logró que Mary Pickford, muy popular entonces, desempeñara el papel de Alicia en una película de dibujos de "Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas", proyecto que nunca se realizó.

DESPUES de varias tentativas infructuosas de formar una empresa productora, Disney vió a su personal reducido a tres individuos: él, su hermano Roy, y una muchacha que entintaba, hacía letreros, escribía a máquina y limpiaba el estudio. Un año más tarde, Disney se casó con ella. Mrs. Disney dejó de trabajar y Walt se fué a Nueva York donde averiguó que había perdido un contrato en que cifraba grandes esperanzas. A su señora le mandó un telegrama

en que le decía que todo había salido bien, y que ya regresaba. Lo fui a esperar con Roy," dice ella, "creyendo que nos iba a dar noticias sensacionales. Imagínense nuestra desilusión cuando nos dijo que todo lo que traía era una idea —sobre un ratoncito!"

Poco sabían cuál era el porvenir reservado a aquella idea. Al principio, bautizaron al ratoncito con el nombre de Mortimer, pero Mrs. Disney opinó que era demasiado serio y sugirió el nombre actual.

Las dos primeras cintas del ratoncito se hicieron antes de la invención del cine sonoro. La tercera fué el primer film de dibujos animados con sonido (un concierto de cacharros y un solo de xilófono en los dientes de una vaca). Esta película hizo historia; se estrenó en Nueva York en julio de 1929 y se exhibió durante una temporada sin precedentes. Un año más tarde, Disney tenía un edificio de doce pisos, con solar de más de dos hectáreas. En 1933, la película "Los tres cerditos" le mereció el codiciado Premio de la Academia de Cinematografía y lo hizo famoso en el mundo entero.

Después del éxito sensacional de "Blanca Nieve y los siete enanitos", Disney compró veinte hectáreas en el Valle de San Fernando, a unos kilómetros de Hollywood, y construyó estudios grandes y "climatizados" para su personal de

varios centenares de dibujantes. Estos son todos especialistas, unos en animar flores, otros en reproducir expresiones faciales, y otros en dibujar enanitos. Casi todos son oriundos de pequeños pueblos y estudiaron en la Escuela de Disney. Todos lo llaman por su nombre de pila.

Todos los argumentos de las películas de Disney son creados por él, pues es maestro en el relato de cuentos e imita a los actores y animales mientras desarrolla la trama.

Cuando se terminó el nuevo estudio, Disney trajo a su padre para que lo viera. El niño que había vendido diarios era ya un hombre, y esto era la realización de su ensueño. Disney señalaba a su padre todos los detalles de su nuevo estudio: la "climatización", los escenarios estilizados y los fantásticos aparatos eléctricos. Pero su padre no se mostró sorprendido. Haciendo un ademán con la mano le preguntó "¿Y para qué más sirve eso?"

Y Walt no supo qué contestar. Pero ahora tiene la respuesta, pues esos estudios, ideados para divertir, se dedican hoy casi totalmente a la guerra. Afortunados los Estados Unidos que cuentan con la ayuda de Disney. Aunque ha cautivado a millones de niños en todo el mundo, Disney declara que ignora la psicología infantil y dibuja sólo porque le agrada.



Tom Sawyer

Por MARK TWAIN



NOTA EDITORIAL:
Mark Twain, gran escritor y humorista, es famoso en el mundo entero, entre la gente de buen criterio.

Aunque de una agudeza y una filosofía netamente norteamericanas, sus obras han pasado airosas por la prueba de la traducción al francés, al griego, al italiano, al ruso, al español, al sueco, al noruego y a otros idiomas. Twain falleció en 1910 y sus libros son hoy aun más populares que cuando estaba en vida.

Sus escritos abarcan un período de cerca de medio siglo. Durante ese tiempo, vió nacer y morir generaciones de humoristas cuyos nombres apenas se conservan en la

memoria de los hombres. La popularidad de Twain no se debe meramente a que tuviera más gracia que otros, sino a que su "humour", además de ser irresistible, no tenía por único fin el hacer reír a la gente. El mismo era hombre de espíritu profundo y sensible. Se compadecía del sufrimiento, odiaba la injusticia y la opresión, y sentía entusiasmo por cuanto contribuyese a mejorar la vida humana. Todas éstas son características del autor y sus obras.

Así se explica el que los escritos de Mark Twain sean los preferidos entre toda la gente que lee y medita las alegrías y tristezas comunes de la humanidad.

Como ya se sabe, Mark Twain es tan sólo un seudónimo. Su verdadero nombre era Samuel Lang-

horne Clemens y nació el 30 de noviembre de 1835, en un pueblecito del sur de los Estados Unidos — zona fronteriza donde las facilidades para la instrucción pública no eran tantas como en comunidades más antiguas. Twain adquirió gran parte de sus conocimientos mientras trabajaba en una imprenta de aldea. Su perspicacia y su conocimiento de la gente,

tan patentes en sus libros, los adquirió trabajando en un vapor fluvial del Misisipi.

De todas sus obras, ninguna quizá haya logrado tanta popularidad en todas partes como *Tom Sawyer*, conmovedora y pintoresca historia de un chico norteamericano típico del 1870. A continuación se reproduce uno de los capítulos más ingeniosos de este libro.

LEGÓ la mañana del sábado y el mundo estival brillaba claro y fresco, rebosante de vida. En todo corazón había un canto, y si el corazón era joven, ese canto subía a los labios. Había alegría en todos los semblantes y vivacidad en cada movimiento. Las robínias estaban en flor y la fragancia de sus capullos embalsamaba el ambiente. El Monte Cardiff, allende el pueblo y dominándolo, estaba cubierto de vegetación y se hallaba a suficiente distancia para simular una tierra de delicias y ensueño, seductora y tranquila.

Tom salió a la calle con un balde de lechada y una brocha de mango largo. Midió la cerca con la vista y toda su alegría se disipó, dejándolo sumido en honda tristeza. ¡Treinta metros de largo por tres metros de altura! Le pareció que la vida era vana y la existencia una carga. Suspirando, mojó la brocha y la pasó por la tabla más

alta; repitió la operación y volvió a repetirla; comparó el trecho insignificante de cerca enjalbegada con el vasto continente que le quedaba por pintar y, descorazonado, con el alma en los pies, se sentó en un cajón.

Tom se puso a pensar en las diversiones que había proyectado para aquel día, y su tristeza se acentuó. Pronto pasarían traveseando los chicos desocupados, en busca de toda clase de deleitables aventuras, y se mofarían de él porque tenía que trabajar — sólo de pensar lo le ardía la sangre. Sacó todas sus riquezas mundanales para examinarlas: pedazos de juguetes, bolitas y menudencias; lo suficiente quizá para un cambio de tarea, pero no lo bastante para comprar media hora de libertad absoluta. Volvió, pues, a embolsar sus escasos recursos y renunció al intento de sobornar a los chicos. ¡De pronto, en aquel instante de negra

desesperación, tuvo una inspiración nada menos que grandiosa, suprema, colosal!

Empuñó la brocha y se puso a trabajar tranquilamente. En aquel momento se acercó Ben Rogers; entre todos los muchachos, precisamente aquél cuyas burlas eran las que más le ardían. Ben venía dando brincos y cabriolas, señal de que traía el corazón henchido de alegría y esperanza. Venía comiéndose una manzana y, de vez en cuando, lanzaba un alarido melodioso, seguido de un bronco talán, talán, talán, pues estaba remendando un vapor. Al acercarse, redujo la marcha, puso proa a media calle, se hizo a la banda de estribor y viró lentamente con laboriosa solemnidad, como quadraba al famoso vapor del Misisipí, el Gran Misurí, pues media nada menos que tres metros de calado. Él lo era todo a la vez—vapor, capitán y campana, y tenía por lo tanto que imaginarse que se hallaba en su propio puente de mando, dando las órdenes y ejecutándolas. "¡Forte! ¡Tilín, tilín!" Paró gradualmente el barco y se acercó lentamente a la acera.

"Marcha atrás! ¡Tilín, tilín!" y estiró los brazos, rígidos contra los costados.

"¡Atrás por estribor! ¡Tilín, tilín! ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Su



derecha, entretanto, describía amplios círculos, pues representaba una rueda imaginaria de diez metros de diámetro.

"¡Echar atrás por babor! ¡Tilín, tilín! ¡Chas—chas—chas—chas! ¡Alto por estribor! Y ahora la izquierda empezaba a describir círculos. ¡Avante por babor! ¡Alto! ¡Despacio a estribor! ¡Tilín, tilín! ¡Chas, chas! ¡Despacio por el lado de afuera! ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Chas—chas—chas! ¡A preparar la amarra de proa! ¿Qué pasa ahí? ¡Oye tú, saca ese cabo! ¡Amarrar a ese tocón! ¡Alto allí! ¡Echar el ancla! ¡Parar las máquinas! ¡Tilín, tilín! ¡Chis, chis, chis!" (se abrían las llaves de escape).

Tom seguía enjalbegando, sin hacer el menor caso del importante buque. Ben lo miró fijamente un momento y dijo:

"¡Hola! ¿Cómo que te han fastidiado?"

Tom no contestó; contempló el último brochazo con ojo de artista, dió otra pasada con la brocha y examinó de nuevo el resultado de su obra. Ben se le acercó. Pensando en la manzana, a Tom se le hacía agua la boca, pero siguió trabajando.

"¡Hola, compañero! ¿Conque tienes que trabajar?", dijo Ben.

Tom se volvió bruscamente:

"¡Ah! ¡Eres tú, Ben! No te había visto."

"Oye, tú, me voy a nadar. ¿No te gustaría venir conmigo? Pero de

seguro que prefieres trabajar. ¿Verdad?"

Tom contempló al chico un instante y dijo con simulada indiferencia:

"¿A qué llamas tú trabajo?"

"Pues, ¿no es eso trabajo?"

Tom reanudó tranquilamente su tarea de artista, y dijo con fingida frialdad:

MARK TWAIN solía relatar un cuento conmovedor y trágico de su niñez. Según él, parece que tuvo un hermano gemelo. Éste se le parecía tanto, que nadie, ni aun su madre, los podía distinguir uno de otro. Un día, mientras la niñera los estaba bañando, uno de ellos resbaló en la tina y se ahogó. "Y eso", decía Mark, "fue lo trágico. Todos creyeron que el que había sobrevivido era yo, pero se equivocaron. Mi hermano fué el que vivió. Yo fui en realidad el que se ahogó."

"Quizá lo sea y quizás no. Lo que sé es que le agrada a Tom Sawyer."

"¡Vamos, hombre, déjate de bromas! ¿Me vas a hacer creer que te gusta?"

La brocha seguía moviéndose asida en una mano imperturbable.

"Pues no sé por qué no me ha de gustar, ¿Acaso se presenta todos los días la oportunidad de pintar un cerca?"

Aquello era harina de otro costal. Ben cesó de mordiscar su man-

zana. Tom pasó delicadamente la brocha, de un lado a otro, se echó atrás para observar el efecto, dió otro toque aquí y allá, y examinó de nuevo el resultado. Ben seguía todos sus movimientos, cada vez con mayor interés. Al fin dijo:

"Oye, Tom, déjame enjalbegar un poco."

Tom se detuvo y pareció que ya iba a acceder, pero cambió pronto de parecer.

"No, Ben, no puede ser, eso no convendría. Mi tía Mariquita es muy quisquillosa con esta cerca, porque da a la calle. Si se tratara de la cerca de atrás, no me importaría, ni tampoco a ella. No sabes cuánto le preocupa esta cerca; hay que pintarla con mucho cuidado. No creo que haya un muchacho entre mil, quizás ni entre dos mil, que la pueda pintar como tiene que ser."

"¿De veras? No seas tacaño. Anda, déjame probar, un poco na más. Te aseguro que, en tu caso, yo te dejaría, Tom."

"Ben, de veras quisiera dejarte, te lo juro, pero la tía Mariquita... Jim quiso pintarla, pero ella no lo dejó; Sid también y ella tampoco lo permitió. ¿Te das cuenta de por qué no puedo dejarte? Si te pusieras a pintar esta cerca y ocurriese algo..."

"Pero, Tom, tendré mucho cuidado. Si me dejas te regalo el corazón de esta manzana."

"Lo siento, Ben. No puede ser.

Tengo miedo. Tal vez otro día."
"¡Te la doy toda!"

Ante tal oferta Tom no pudo resistir y entregó la brocha a Ben con amargura en el rostro, pero con el corazón lleno de alegría. Y en tanto que el ex-vapor *Gran Misuri* pintaba y sudaba al sol, el artista jubilado se fué a sentar sobre un barril, allí cerca, en la sombra, con las piernas colgando, para saborear su manzana y proyectar el degüello de otros inocentes más. Y por cierto que no escaseaban las víctimas. A cada momento se presentaban muchachos que empezaban burlándose y acababan por quedarse a pintar. Cuando Ben se hallaba agotado, Tom había vendido ya el turno a Billy Fish, en trueque de un cometa en buen estado. Cuando éste se rindió, Johnny Miller adquirió sus derechos por una rata muerta atada con un cordel—y así sucesivamente, hora tras hora. Ya entrada la tarde, Tom, que por la mañana estaba en la miseria, nadaba como quien dice en la abundancia. Además de todos los tesoros que dejamos mencionados, había adquirido doce bolitas, parte de una armónica, un pedazo de vidrio azul para mirar al través, un carrete convertido en cañón, una llave que a nada le hacía, un pedazo de tiza, un tapón de garrafa de cristal, un soldadito de plomo, un par de renacuajos, seis triquitaques, un gatito tuerto, un tirador de puerta, un collar de pe-

rro (sin perro), el mango de un cuchillo, cuatro pedazos de corteza de naranja, y un marco viejo de ventana.

Por otro lado, había pasado una tarde deliciosa, había saboreado una manzana y gozado del dulce far niente, en grata compañía y la cerca tenía tres manos de cal! Además, de no haberse acabado la lechada, habría hecho quebrar, con aun mayor provecho para sí, a todos los chicos del vecindario.

Después de todo, pensó Tom, no era tan malo el mundo. Sin saberlo, había descubierto uno de los principios fundamentales de la actividad humana, a saber: que para que alguien, hombre o muchacho, desee una cosa, basta hacérsela difícil de conseguir. Si hubiera sido filósofo profundo y sesudo, como el autor de este libro, se habría dado cuenta de que trabajo es todo lo que se hace por obligación, sea lo que fuere, y juego aquello que se hace por gusto.

Y eso le habría ayudado a comprender por qué hacer flores artificiales o darle a la noria es trabajo, mientras que jugar a los bolos o escalar el Monte Blanco y arrostrar toda clase de privaciones y peligros es mera diversión. Cuentan que hay, en Inglaterra, caballeros adinerados que guían,



durante el verano, diligencias de cuatro caballos y diariamente recorren en ellas treinta a cincuenta kilómetros, sólo porque ese prívi-

legio les cuesta mucho dinero; pero si se les ofreciera pagar por esa tarea, ya sería trabajo e inmediatamente la dejarían.



DURANTE sus días de periodista, Mark Twain fué director de un pequeño periódico de Misurí. Cierta día recibió una carta de uno de los subscriptores que le decía haber hallado una araña en el diario y rogándole le dijera si ello era presagio de buena o mala suerte.

Twain le contestó de la manera siguiente: "El hallar una araña en el diario, no es señal de buena ni de mala suerte. La araña estaba simplemente examinando el diario para ver qué comerciante no se anunciaba en él e ir a su tienda, tejer su red en la puerta y vivir tranquila y feliz."

DESPUÉS de muchas instancias, los amigos de Mark Twain en San Francisco lograron hacer que diese una conferencia sobre su viaje a Hawái en el otoño de 1866. Para animarlo, le ofrecieron colocar a varios hombres entre el público, para que lo alentasen con sus carcajadas. "Díganles que no traten de ver el chiste, sino que se rían en seguida," contestó Twain.

Cuando se presentó, las piernas le temblaban tanto que parecía que no duraría lo suficiente para que la claque entrara en acción. Pero Twain se ganó al público con su exordio inimitable: "Julio César ha muerto, Shakespeare ha muerto, Napoleón ha muerto, Abraham Lincoln ha muerto, y yo tampoco me siento muy vivo." Cuando terminó, el público se había reído tanto, que casi no podía levantarse de los asientos.

John Steuart Curry

Artista de la Democracia

Por THOMAS CRAVEN

Primero de una serie de artículos sobre artistas norteamericanos por Thomas Craven, crítico de arte.

El arte norteamericano expresa hoy las esperanzas, los temores, las alegrías, tribulaciones y proezas de un pueblo libre.

John Steuart Curry simboliza este espíritu. Nació en una granja de Kansas, descendiente de varias generaciones de agricultores. Vivió en una zona de pavorosos cambios atmosféricos. Vió los maizales y la vegetación temprana de las lejanas vertientes marchitarse al soplo del viento del sudoeste. Vió descargarse los huracanes sobre el ancho valle, las familias refugiándose en los sótanos y los caballos espantados huyendo desenfrenadamente de la tormenta. Cada día oía hablar del tiempo y leía, en los ojos de hombres y mujeres, la aprensión causada por los amagos constantes de las fuerzas destructoras de la naturaleza. De muchacho, ya trazaba bosquejos de tormentas y animales en el campo; años después, en cuadros del mismo tema, logró gran re-

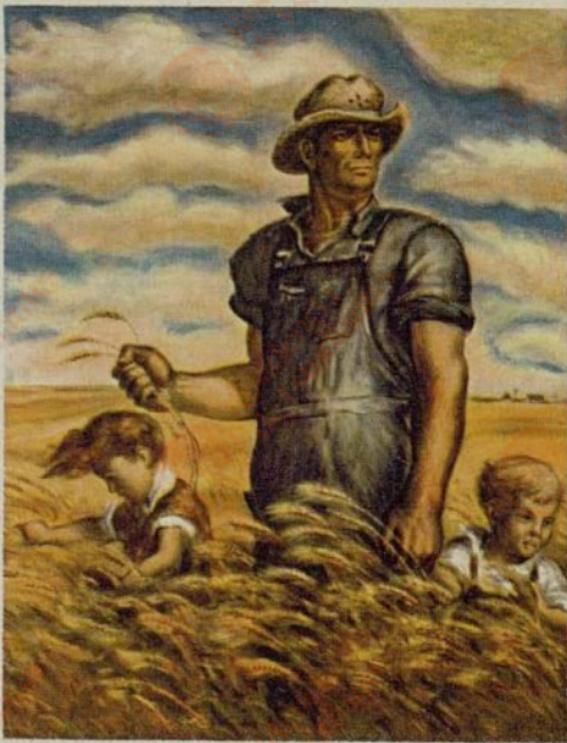
nombre. Estos asuntos tenían para él tanta importancia como la tiene su interpretación para la comprensión de la vida norteamericana.

En 1917, Curry se matriculó por dos años en el Instituto de Artes de Chicago. Fué colaborador artístico de revistas neoyorkinas y luego partió a perfeccionarse en el extranjero. Pasó el invierno en París, regresó a América y, no hallando qué hacer, volvió a Kansas con la firme resolución de demostrar su talento como pintor de aquella tierra de los trigoles. Su primer lienzo fué el celebrado "Bautismo en Kansas", y, durante cuatro años, pintó una serie de dramas del oeste que lo colocó en primera fila entre los artistas norteamericanos.

Parece que Curry sabía instintivamente cuál iba a ser su estilo. Copia directamente la naturaleza, infundiéndole en sus cuadros el amor que siente por su tierra, con los recuerdos que ha conservado en toda su frescura. El genio de Curry, como puede apreciarse en "La buena tierra", que al frente se reproduce, surge del suelo cual espíritu viviente, como el trigo.

IMPRESO EN E. U. A.

Los artículos de esta revista son propiedad de los editores respectivos.



LA BUENA TIERRA

Cuadro de John Steuart Curry

Pass este número a un amigo